

## CAPÍTULO IV: UN ESCRITOR, DOS VERTIENTES LITERARIAS

### SEGUNDA PARTE: OBRAS DE TEORIA

#### De la historia de la religión cristiana

La principal razón para atribuirle la paternidad de este documento sin firma a Vicente Riva Palacio es que se halla en el legajo o fólder 199 de su archivo personal, que tiene los documentos sin fecha; pero esto es sólo un indicio y no una prueba definitiva. Otro indicio es que no esté firmado, pues no sería común enviarle a alguien un documento sin fecha ni firma; en cambio no es raro conservar documentos propios que por serlo no se firman pues no es preciso identificarlos así.

El documento no indica el lugar en que fue escrito pero nosotros presumimos - conjeturalmente- que se trata de México. Si esto es así podemos fechar el documento en algún año anterior a 1867, pues casi al final dice: “hará que concluya la guerra civil que tanto tiempo ha la devora [a la patria]”.<sup>1</sup> Después de la fecha mencionada difícilmente puede decirse que hubiera en México una “guerra civil”.<sup>2</sup> Hay otro dato que apunta hacia la paternidad de Riva; cuando se refiere a la Inquisición dice: “que hace al clero espía,

---

<sup>1</sup> VRP, (apócrifo), “De la historia de la religión cristiana”, en VRP, Obras escogidas. IV. Ensayos históricos, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1997. Salvo indicación en contrario todas las citas de los documentos de esta sección las tomaremos de esta obra, para que el lector curioso pueda verificar nuestro dicho, pero tendremos siempre a la vista el documento original.

<sup>2</sup> Aquí debemos insistir de que nos hallamos en un terreno conjetural pues desde la perspectiva actual sabemos que después de 1867 no hubo la inestabilidad política, los cuartelazos sin fin y la violencia generalizada de las décadas anteriores. Sin embargo algún escritor de aquella época pudo haber considerado que la revuelta de La Noria (1871), encabezada por Porfirio Díaz, lo mismo que los levantamientos cristeros de 1875-1876 y la revuelta tuxtepecana de 1876 podrían caer bajo la categoría de “guerra civil”. Que se tomen nuestras conjeturas como conclusiones definitivas.

juez, verdugo e historiador de sus víctimas”,<sup>3</sup> Los tres primeros calificativos son comunes en los juicios contra el Tribunal de la Fe, pero el llamarle “historiador” es algo sorprendente. ¿Quién apreciaría este aspecto si no alguien que conociera los archivos de la Inquisición, alguien que hubiera constatado cómo se sustanciaban los procesos, con qué minuciosidad se seguían las causas y con cuánto celo se cuidaban los archivos como por otra parte sabemos que Riva tuvo en su poder el archivo inquisitorial desde 1861, es dable inferir que este discurso es obra suya, aunque no de manera concluyente. Otro indicio es el juicio que hace de la Compañía de Jesús: “más destructora que la “Inquisición”<sup>4</sup>, el cual coincide con el retrato que hace Riva de un avieso jesuita en la obra dramática que escribió junto con Juan A. Mateos titulada “Martín el demente”, que por cierto no llegó a representarse, acaso por su furibundo anticlericalismo. Esta visión negativa de los jesuitas también está presente en el México a través de los siglos, pero con matices importantes.<sup>5</sup> Si este documento fue escrito por Riva es posible que date de 1861 o 1862, años en que él ya tenía ya en sus manos el archivo de la Inquisición y no había partido aún para la guerra, donde difícilmente prepararía este tipo de textos.

El discurso consta de dieciséis páginas manuscritas en letra bien clara que no es la de Riva y tiene la pulcritud que es común en un secretario o amanuense. Esto es algo que no extraña, como lo confirma el testimonio de su ahijado Juan de Dios Peza, quien conoció íntimamente: “Riva Palacio ha tenido siempre la costumbre de dictar sus

---

<sup>3</sup> VRP (apócrifo), “De la historia de la religión...”, loc. Cit., p. 56.

<sup>4</sup> Ibid., p. 57.

<sup>5</sup> Lo que nosotros deducimos del capítulo respectivo del México... es que la Compañía de Jesús representa el retroceso (lo cual condujo a su expulsión en 1767) en el proceso de separación de la Iglesia y el Estado; pero a la vez representa el progreso por el impacto social y político que tuvo la expulsión como antecedente de la revolución de independencia. No es raro en Riva que aprecie un doble signo en los acontecimientos y sólo habría contradicción si el tiempo se detuviera, pero en el devenir aun los opuestos funcionan en una dialéctica que produce lo nuevo, lo inédito en la historia.

creaciones.<sup>6</sup> Hay algunas enmiendas, como un párrafo que fue iniciado y después, pero, en general, no presenta cambios ni añadiduras. No tiene título (por lo cual nosotros le adjudicamos uno) y comienza con las palabras: “Hermanos míos”. Lo cual nos indica que está dirigido a algún tipo de fraternidad, religiosa o de otro orden. El tema del discurso es una rápida revisión de la historia del cristianismo desde sus orígenes hasta la reforma protestante. Se trata de un texto cargado de moral, de intención, de parcialidad: todo lo que sirva para atacar al “romanismo”, es decir a la Iglesia con sede en Roma. Esto nos permite confirmar la fecha que hemos establecido, pues este discurso bien podría considerarse como otro belicoso producto de la guerra de Reforma mexicana. La parcialidad es clara, por ejemplo, en la visión idílica que presenta de los primeros tiempos del cristianismo. Se nos dice que originalmente el cristianismo no promovió el escurantismo y la esclavitud, sino la libertad, igualdad y fraternidad universal,<sup>7</sup> lo cual recuerda, naturalmente, el ideario de la Revolución francesa, pero también la ideología de los masones: en un texto masónico de 1869 se dice que “el lema de Razón y Justicia asociará al que consignan las admirables palabras de Libertad, Igualdad, Fraternidad”<sup>8</sup>. Es claro que el cristianismo primitivo siempre ha sido modelo de una vida en común alejada de los intereses materiales, pero no hay que olvidar que uno de los principios básicos de la religión del Cristo es la jerarquía, siendo Pedro su primer jerarca.<sup>9</sup> El autor

---

<sup>6</sup> Juan de Dios Peza, Memorias, reliquias y retratos para la “gaveta íntima”, prólogo de Isabel Quiñones, México, Editorial Porrúa, 1990 (Sepan cuantos, 594).

<sup>7</sup> VRP (apócrifo), “De la historia de la religión”, *loc. Cit.*, p. 49.

<sup>8</sup> Cit., en José María Mateos, Historia de la masonería en México desde 1806 hasta 1884. México s. e., 1884, p. 247. Sin embargo este lema, estas palabras, eran patrimonio común de todo tipo de comunidades y grupos en el siglo XIX.

<sup>9</sup> Daniel Olmedo, La Iglesia católica en el mundo greco-romano, México, Editorial Jus, 1956, p. 40 y 45-46.

del discurso también pasa por alto que hubo herejías desde los primeros tiempos y no, como él parece indicarlo, a partir del año 371. Olmedo, el historiador jesuita, reseña las herejías del siglo II, entre ellas el gnosticismo, el marcionismo, el milenarismo y montanismo, y apunta al pie de su trabajo que:

Herejías las hubo desde los principios de la Iglesia naciente Simón Mago, los judaizantes, Cerinto que negaba la divinidad de Cristo, los Docetas a quienes ya aludió San Juan y a quienes refutó expresamente San Ignacio de Antioquía no admitían que Jesús hubiera tenido cuerpo real.<sup>10</sup>

Al parecer, lo que más interesa al autor del discurso enfatizar es que el cristianismo se transformó en el siglo IV al recibir el apoyo del emperador Constantino, y al convertirse Roma en la sede de un papa con autoridad sobre los demás obispos. De San Agustín y su obra no nos dice nada, pero en cambio detalla los medios por los cuales la Iglesia se enriqueció cada vez más, hasta culminar con “la familia espuria de los Borgia”.<sup>11</sup> En este momento de decadencia, en este nadir del cristianismo, leemos que surge la reforma con Huss, Calvino y Zwinglio; aparece el enemigo poderoso que podrá enfrentarse y vencer al romanismo.

Es importante señalar que en este texto el autor se refiere a “la savia vigorosa de las razas germánicas”,<sup>12</sup> es decir a lo que nosotros conocemos más comúnmente como invasiones de los bárbaros. Y en su “Introducción al curso de historia universal”, documento del cual no cabe duda que fue escrito por Riva, el cual analizaremos adelante, le atribuye a dichas invasiones el carácter de ser una de las grandes revoluciones de la historia. Esta analogía es importante porque refuerza en documentos la paternidad que le atribuimos. Por otra parte las invasiones de los bárbaros

---

<sup>10</sup> Ibid., p. 98.

<sup>11</sup> VRP(apócrifo), “De la historia de la religión...”, loc. Cit., p.56.

<sup>12</sup> Ibid., p. 50.

con todo y la destrucción que trajeron, dejaron, primero, el campo franco para la expansión del cristianismo con sede en Roma y, luego en el siglo XVI, las razas germánicas recobran un papel protagónico al separarse de Roma y sostener el principio de la libertad de conciencia (lectura personal de la Biblia, relación directa del fiel con la divinidad). Así, en una dialéctica histórica que funciona como catapulta, desde los primeros tiempos de nuestra era, los grandes procesos históricos -argumenta el autor- han venido, preparando la modernidad. Nos parece importante la amplitud de miras, la visión de gran aliento de este texto manuscrito, pues bien puede tomarse como un testimonio de lo que discutían y pensaban los liberales mexicanos, que tal vez eran masones, pero también podían haber sido protestantes, poco después de la mitad de la centuria decimonónica.

El discurso termina con el feliz augurio de que “en nuestra querida patria la religión del Cristo sea ya conocida pues sobre ella atraerá las bendiciones del señor y hará que concluya la guerra civil que tanto tiempo ha la devora”.<sup>13</sup> En una lectura sin prejuicios parecería que a fin de cuentas este discurso es proselitismo protestante. Aunque llama la atención que hable en general de Huss, Calvino y Zwinglio, en lugar de destacar la versión o confesión específica del protestantismo que defiende el discursista: evangélico, episcopal, luterano, etcétera. Sin duda este discurso es un intento de rescatar las raíces originales de un cristianismo corrompido por Roma, el cual cobró nueva vida con la reforma protestante que rechazó la supremacía romana y, sobre todo, favoreció la libertad de pensamiento. Desentrañar la paternidad de este texto es difícil porque hay muchos puntos de coincidencia entre el protestantismo y el liberalismo (y especialmente

---

<sup>13</sup> Ibid., p. 57

con la masonería): por ejemplo la necesidad de abatir el poder del clero romano establecer la libertad de conciencia como principio fundamental.

La idea de la reforma protestante como un momento cumbre en la historia humanidad no es extraña entre los liberales. Léase por ejemplo la muy curiosa biografía del imaginario fray Martín Durán, escrita por Antonio Carrión, y se verá que en su opinión Lutero, Zwinglio, Calvino y otros trajeron “la luz de la civilización y de la verdad” y “se separaron para siempre de la esclavitud eclesiástica de los dominios papales”.<sup>14</sup> Esto último era quizá lo que más atraía a los liberales, la separación de Roma que ellos equiparaban con la separación de la Iglesia y el Estado que provocó la guerra civil de sus tiempos. Además hay que hacer notar que este Antonio Carrión bien podría ser el mismo que en los años ochentas fue colaborador de Riva Palacio en el proyecto del México a través de los siglos,<sup>15</sup> pero siempre cabe la posibilidad de la sinonimia.

Resumiendo: hallar este documento en el archivo de Riva, leer que el tribunal de la Inquisición es “historiador” de sus víctimas y luego la repetición (en éste y en otro

---

<sup>14</sup> Antonio Carrión, “Indios célebres de la república mexicana o biografías de los más notables que han florecido desde 1521 hasta nuestros días”, México, 1860, que aparece como apéndice a Anastasio Zerecero, Memorias para la historia de las revoluciones México escritas por ..., México, Imprenta del gobierno en Palacio a cargo de José María Sandoval, 1869. En la edición reciente que hizo Jorge Gurría Lacroix de la obra Zerecero se suprimió este apéndice. El texto de Carrión abarca más de sesenta biografías y concluye con la de Benito Juárez. García Icazbalceta demostró años después, cuando Francisco Sosa ya había copiado lo principal de la vida de fray Martín Duran en colección de biografías, que este personaje jamás había existido. Tratándose entonces de una invención de Carrión nuestro argumento se fortalece, pues queda claro hasta dónde eran capaces de llegar los liberales masones para difundir su ideario: para alcanzar futuro deseado estaban dispuestos a forjar un pasado basado en imposturas. Véase Joaquín García Icazbalceta, Carta a J. M. Vigil aclarando un proceso de la Inquisición en el siglo XVI, México, José Porrúa e hijos, 1939.

<sup>15</sup> En abril de 1883 Antonio Carrión escribe a Riva Palacio asegurándole que aun sin sueldo él seguiría trabajando en la historia. Utx-A, AVRP, folder 188, doc. 364. Muy probablemente se trata del mismo Antonio Carrión, pero no se puede descartar completamente que haya sido un sinónimo.

texto) concerniente a la importancia de las invasiones germánicas, todo ello en un contexto masónico, son los argumentos más fuertes a favor de la paternidad de Riva, pues sabemos que él era masón. Por otro lado hay signos protestantes muy claros como la aversión a “introducir en el templo del Señor las imágenes para que se les rindiera culto”<sup>16</sup> práctica propiciada por Roma. También la crítica a la administración de los sacramentos y otros oficios religiosos “previa remuneración pecuniaria”.<sup>17</sup> Lo mismo la negación de “el Purgatorio, invención muy moderna”.<sup>18</sup> Finalmente el horror del autor hacia “El celibato que separando al hombre de la sociedad, no lo hace extraño sino lo convierte en su enemigo”.<sup>19</sup> Todo esto hace más natural y directa, pues se basa en la crítica interna del texto, la interpretación de él como un discurso protestante, lo cual hace más complicado relacionarlo con Riva cuya filiación masónica podemos documentar pero no sus ligas con el protestantismo. Sin embargo en aquella época en que el Estado y la Iglesia sostenían una guerra decisiva cualquier arma era buena para atacar, para desprestigiar y para denunciar lo que hoy vemos como crímenes, por ejemplo la tortura en los procesos inquisitoriales, a pesar de que en la época en que ésta se aplicaba era perfectamente legal y formaba parte de las prácticas judiciales normales, tanto civiles como eclesiásticas. No sería enteramente extraño, en consecuencia, que con algún propósito de zapa, sin descartar el placer de ser hereje, Riva haya producido un discurso protestante, pero no tenemos pruebas definitivas. En todo caso este documento debe manejarse con tiento, pues lo que para mí es la hipótesis más plausible, tal vez no lo sea a algún lector más inteligente que yo.

---

<sup>16</sup> VRP (apócrifo), “De la historia de la religión...”, *loc. Cit.*, p. 54.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 55.

<sup>18</sup> *Ibid.*

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 56.

Considerando esta “Historia de la religión cristiana” desde una perspectiva más amplia nos ofrece elementos muy importantes para comprender, a la luz de su propia época, el México a través de los siglos. En primer lugar habría que señalar la continuidad y la ruptura del catolicismo en México, con lo cual queremos decir que las leyes de Reforma representan sin duda un quiebre, una nueva relación entre la Iglesia y el Estado y comienza a vislumbrarse una sociedad secularizada. Sin embargo, es bien conocida la larga duración de las mentalidades, que no se modifican por decreto o por ley. También es sabido que las leyes de Reforma no cambiaron gran cosa el culto externo, como son las procesiones, la celebración de las fiestas religiosas y en particular las de la Semana Mayor.<sup>20</sup> De todo esto hay muchas pruebas documentales y el archivo particular de Riva nos aporta una carta enviada desde Yautepec, en la cual se relata que las autoridades civiles prohibieron la colocación de una lápida en una tumba, pues llevaba grabada signos masónicos; el corresponsal decidió ponerla a fuerzas, pero 24 horas después ya había desaparecido. En consecuencia pide ayuda a Riva para que:

[En] estos pueblos de por estos rumbos, como por los demás se desarrollen en ellos los principios democráticos y reformistas pues se encuentran en el mayor atraso de civilización y ciegos por el inicuo fanatismo porque los frailes no desperdician el tiempo para introducir entre los incautos adoradores ciegos del hombre infalible de Roma, la inobediencia a los gobiernos, el odio a las leyes y el exterminio a todos sus semejantes que tratan de levantarse la venda de los ojos para ver la luz, lanzan contra ellos la ridícula farsa de excomunión.<sup>21</sup>

---

<sup>20</sup> AVPP, Utx-A, carta de Gil Ruiz? A VRP, Cuautla, abril 17 de 1870, fólder 183, doc. 716. Informa a los redactores del periódico La Orquesta que en Cuautla, a pesar de leyes de Reforma, se han permitido en Semana Santa actos fuera de los templos a los que estén al corriente en sus contribuciones.

<sup>21</sup> AVRP, Utx-A, carta de José María Díaz a VRP, Yautepec, noviembre 30 de 1876 fólder 203. 1, doc. 11. Debemos decir que este corresponsal estaba un poco desequilibrado, pues, en carta posterior, suplica a Riva “se cuide de comerles nada [a mochos y frailes] en los convites que ellos les den, y le suplico a usted se lo recomiende al mismo general Díaz...”. Véase AVRP, Utx-A, carta de José María Díaz a VRP, Yautepec, febrero 10 de 1877, fólder 203.2, doc. 742.

La pasión que desataban los asuntos religiosos no era exclusiva de los liberales. A la redacción de El Monitor Republicano llegó una carta de “una católica”, quien protestaba con la mayor vehemencia porque cierto sacerdote le había faltado al respeto al arzobispo:

Ahora quiere usted enseñar a su prelado la ley de Dios y quiere demostrar que su ley es mejor que la nuestra, apóstata indigno que no merece usted que lo caliente el Sol, soez canalla y aunque mil ultrajes vierta usted contra su prelado no deberá contestarle a un apóstata perseguidor de la Iglesia, atrevido, insolente, malcriado, afrenta y deshonor del clero, revoltoso calumniador, infame, escandaloso, miserable, miembro apestoso respete usted a su prelado, es usted su súbdito, hermano llame usted a Judas que está esperando a usted en los infiernos, este señor le debe usted nombrar con respecto [sic] el ilustrísimo señor arzobispo don Antonio Pelagio de Labastida y modere usted sus procedimientos, ya que es usted un mal sacerdote, bien sabido es que no soy literata pero soy una señora cristiana apostólica y me duele que tire usted contra la Iglesia y contra nuestro prelado...<sup>22</sup>

La lectura actual del México... también encontrará mucha pasión en los capítulos correspondientes a la guerra de Reforma, pero el triunfo de la República en 1867, no porque lo haga explícito, sino por omisión del hecho de que las leyes de Reforma se incumplían, ofrece sin duda una idea más secular, menos conservadora y tradicional de lo que era en realidad la sociedad mexicana. Es claro que había ocurrido una ruptura que Riva señalará al decir que en la época en que todo giraba alrededor de la Iglesia, los chistes sobre sacerdotes menudeaban, cosa que no se vio más después de la Reforma. Y regresando al documento “De la historia de la religión cristiana” podemos apreciar que se ataca a la Iglesia católica y al Papa romano, pero el ataque se da desde dentro de la religión cristiana (al parecer protestante) y no (al menos explícitamente) para favorecer al Estado sino para restaurar los principios originarios del cristianismo. En

---

<sup>22</sup> AVRPA, Utx-A, carta de una católica a los redactores de El Monitor Republicano, ¿México?, marzo 8 de 1872, fólter 183, doc. 857.

cualquier caso el documento plantea desde el inicio que su intención es hacer una defensa de la religión que “ha sufrido y sufre ataques de escritores, que pretendiendo defender la causa de la civilización y del progreso la han inculcado de hechos en que no ha tenido ningún participio”.<sup>23</sup>

Ahora bien, ¿a qué se refiere el autor en el párrafo anterior al decir “la civilización y el progreso”? Tratándose, como se trata, de una historia de la religión, la civilización no puede ser otra cosa que la historia de la salvación, en su variante protestante. Esta idea de la historia -en su versión católica- fue implantada por los primeros cronistas coloniales, a partir de una visión medieval que la existencia misma de América vino a poner en crisis. Por otro lado escribir una historia de la religión no es mismo que escribir la historia del arte, de la guerra o el comercio; no, la historia de religión es la historia por antonomasia, el grande y verdadero metarrelato de los creyentes. Y lo específico de este ensayo es que, en un país archicatólico (de los tiempos de Pedro el Ermitaño, según don Luis González y González) se privilegia la versión de los reformadores protestantes que, en el siglo XVI, le dieron la espalda a Roma.

Es claro que este texto es un feroz ataque al clero mexicano y dirige sus baterías a los fundamentos mismos del catolicismo romano; pasa por alto la historia de la Iglesia, en México, pues eso no es lo estratégico, y se concentra en la historia salvífica del viejo continente, donde jugaron importante papel los romanos y los germanos, y donde la fuente original del cristianismo decayó y se secó bajo el dominio de los papas, renacer después en la reforma protestante. En cualquier caso este texto es sumamente heterodoxo y da fe de que la guerra de Reforma representa, más allá de sus expresiones

---

<sup>23</sup> VRP (apócrifo), “De la historia de la religión...”, *loc. Cit.*, p. 49.

económicas y sociales, un giro de la conciencia mexicana: es el paso de la infalibilidad del papado a la libertad de conciencia.

Discurso que pronunció en la Alameda de esta ciudad el ciudadano general Vicente Riva Palacio por encargo de la Junta Patriótica

Pocos años después de la independencia se estableció la costumbre de celebrar el 16 de septiembre con una función teatral, Te deum, desfile de empleados del gobierno (no militares), discurso cívico, verbena popular y fuegos de artificio.<sup>24</sup> Riva, con esa fascinación que tenía por probarse en todos los terrenos, fue el orador oficial el año nodal de 1867.<sup>25</sup> Ilustres oradores le habían antecedido otros años: Altamirano, Gómez Pedraza, Iglesias, Lafragua, De la Llave, Orozco y Berra, Otero, Prieto, Quintana Roo, Ramírez (Ignacio), De la Rosa, Tornel y otros menos recordados. De hecho Riva fue de los que repitió, pues en el año de 1871 volverá a cumplir el mismo encargo.

Como se sabe el discurso septembrino en la Alameda era una tradición que de la década de los veinte, pero pocos estuvieron tan cargados de sentido como éste, al haberse consumado el triunfo contra Francia, que en la época se dio en llamar nuestra segunda independencia. Recientes los sucesos de México y Querétaro, el atrevimiento de la nación azteca al derramar sangre Habsburgo daba la vuelta al globo en la prensa y en las líneas telegráficas, mientras que en los salones de Europa se intentaba

<sup>24</sup> Enrique Plascencia de la Parra, La visión de la independencia a través de los discursos conmemorativos (1825-1867), México, UNAM/Facultad de Filosofía y Letras, 1989 (tesis profesional).

<sup>25</sup> Existe una versión de este discurso en El Monitor Republicano, septiembre 20 de 1867. Cit. en ibid. Supra. El título completo es: "16 de setiembre [sic]. Discurso que pronunció la Alameda de esta ciudad el ciudadano general Vicente Riva Palacio por encargo de la Junta Patriótica".

evitar decir el nombre del hombre del día: Juárez. El jardín de La Alameda debió estar lleno de uniformes militares, de señoras elegantes que ese día elegían el rebozo tricolor de una plebe que expresaba su patriotismo con doble ración de pulque. Al subir al estrado el orador fue recibido con un nutrido aplauso: era el general Riva Palacio, el guerrero incansable en México y Michoacán, el periodista amenísimo de La Orquesta, el autor de teatro que todo el mundo conocía. Era el nieto de Guerrero.

El discurso duró menos de media hora y no hubo vivas. La premisa explícita fue que el “progreso” es la condición esencial de todos los seres creados, y por desgracia sus huellas “quedan marcadas siempre con sangre en los campos de batalla, o en los patíbulos, y en las humeantes ruinas de las ciudades y de las aldeas: la libertad necesita mártires: su sangre debe caer como un rocío benéfico sobre la tierra, y de su sepulcro deben brotar los laureles, a cuya sombra los pueblos emancipados o redimidos escriban tranquilamente sus instituciones...”<sup>26</sup> Nótese al final la escritura como símil de invención de las instituciones; aquí escribir tiene un carácter completamente ritual. Sigamos: se trata de una lucha incesante que recomienza en pos de nuevas victorias y nuevos triunfos con las banderas de las instituciones y, cuidado, el pueblo que deja caer sus banderas “no es pueblo, es un confuso hacinamiento de hombres sin ideas y sin corazón”.<sup>27</sup> Pero hay un momento especial cuando los pueblos se reúnen a escuchar a un orador, que con historia que todos conocen, la historia de siempre y que se resume en la palabra “¡adelante!”. Sea el orador modesto o ilustre enaltecerá los triunfos y la bandera que nos ha traído hasta aquí y de este punto no hay regreso; luego añade Riva en tono amenazante:

---

<sup>26</sup> Utilizamos la versión del discurso publicada en El Monitor Republicano, en septiembre 20 de 1867; todos los extractos citados corresponden a este número del diario, p. 1-2.

<sup>27</sup> Ibid.

ni un solo paso atrás; porque te hundirás eternamente en el abismo, sin esperanza de redención, sin una palabra de compasión siquiera de los otros pueblos tus hermanos, a quienes abandonas y a quienes traicionas en la lucha de la libertad y de la reforma...<sup>28</sup>

En seguida Riva plantea una idea que le es muy peculiar, según la cual entre las naciones se da, llegado cierto punto de su desarrollo, lo que llama una “transfiguración”. Este es un concepto bíblico que se refiere al momento en que, precisamente en el monte Tabor, el Cristo -transfigurado- se muestra a sus discípulos ya no como el hombre, sino como el Dios. Es obvia aquí la referencia a su novela Calvario y Tabor, que probablemente ya estaba escribiendo. Ahora debemos preguntarnos: ¿qué transfiguración puede haber en las sociedades comparable a la del monte Tabor? No puede ser la simple forma de gobierno, que se presta a tantas mudanzas, ni la conquista de una región, que sólo ensancha el territorio. Tiene que ser algo que se refiera a la constitución originaria de la sociedad, a las relaciones que guardan los diferentes cuerpos y sectores sociales entre sí y al sutil paso de una “lucha estéril” -según las palabras de Marx- de los actores y poderes sociales, a un nuevo orden en donde el gobierno es obedecido, después de décadas o siglos del imperio de la fuerza. Y no debe pasarse por alto la unión del partido liberal: en esa transfiguración la deuda de México con el archiduque Maximiliano y los conservadores de la última horneada es grande, porque consiguieron algo que nadie antes pudo hacer: convertir a los liberales en una fuerza política más cohesionada, que se atuvo (con la excepción de las rebeldías de Díaz) a los procesos de sucesión normales, con un Estado más centralizado que actuaba como una balanza del poder de los caciques regionales, los cuales casi siempre prefirieron negociar con el centro antes que declararse en rebeldía. Maximiliano y los conservadores lograron lo que parecía imposible: poner de

---

<sup>28</sup> Ibid.

acuerdo a unos cuantos miles de liberales que gobernaban efectivamente el país y que estaban convencidos de la necesidad de un Estado fuerte, uno que pudiera conciliar todas esas redes de intereses, armónicos o encontrados, y actuando en la medida de lo posible por medios políticos aceptados por todos y con un mínimo de violencia -aunque a veces sufriera la letra y el espíritu de la Constitución de 1857.

Había llegado el momento de “escribir las instituciones”, el Tabor, que era reverso de la guerra, el Calvario. Y el signo de que la transfiguración era completa: llegado el momento indiscutido de la oligarquía liberal. Por cierto, todo este lenguaje bíblico era habitual en la época. El propio Juárez en célebre manifiesto exclama:

¡Mexicanos! El mundo atónito os contempla, si bien fraccionad dos bandos que debéis distinguir y conocer.

El uno se encuentra identificado con la gran nación cuyos destinos, en el Gólgota me confió la providencia, para representarla, con su divina ayuda en el Tabor.<sup>29</sup>

Para algunos esta oratoria resultará en extremo “retórica”, en su mala acepción. Pero, cuidado, Juárez no pretende ser pomposo, sino que sigue las reglas de la elocuencia prevalecientes en la época. Apela a la Providencia misma, se dice su representante, además debe tenerse muy en cuenta que aquella retórica estaba cargada de metáforas, alegorías, de imágenes multívocas y aun de sentidos herméticos.

Esta transfiguración en el monte Tabor merece un detenido análisis. Dice el Evangelio según San Mateo, capítulo XVII:

1. Seis días después tomó Jesús consigo a Pedro, y a Santiago y a Juan su hermano, y subiendo con ellos solos a un alto monte:<sup>30</sup>

<sup>29</sup> Benito Juárez, Manifiesto justificativo de los castigos nacionales en Queretano por... Tipografía del Gobierno del Estado, Monterrey, 1903, 4a. ed., p. 5. En la p. 9 Juárez dirá que los castigos en Querétaro “no violan la moral del Evangelio”.

<sup>30</sup> No se menciona la palabra Tabor, pues en hebreo significa literalmente “altura” y así se traduce.

2. Se transfiguró en su presencia. De modo que su rostro se puso resplandeciente como el sol, y sus vestidos blancos como la nieve.

3. Y al mismo tiempo les aparecieron Moisés y Elías conversando con él de lo que debía padecer en Jerusalem.

4. Entonces Pedro tomando la palabra, dijo a Jesús: Señor, bueno es estarnos aquí: si te parece, formemos aquí tres pabellones, uno para ti, otro para Moisés, y otro para Elías.

5. Todavía estaba Pedro hablando, cuando una nube resplandeciente vino a cubrirlos. Y al instante resonó desde la nube una voz que decía: Éste es mi querido Hijo, en quien tengo todas mis complacencias: a él habéis de escuchar.

6. A cuya voz los discípulos cayeron sobre su rostro en tierra, y quedaron poseídos de un grande espanto.

7. Mas Jesús se llegó a ellos, los tocó, y les dijo: Levantaos, y no tengáis miedo.

8. Y alzando los ojos, no vieron a nadie sino solo a Jesús.

9. Y al bajar del monte, les puso Jesús precepto, diciendo: No digáis a nadie lo que habéis visto, hasta tanto que el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos.<sup>31</sup>

Consultamos, hace algún tiempo, a don Edmundo O’Gorman sobre el significado este pasaje y despertarnos su curiosidad, de lo cual resultó una breve investigación suya cuyas notas obran en nuestro poder y que dicen en una de sus partes:

La interpretación del pasaje del Tabor puede ser el siguiente: Pedro descubre a Jesús como el Mesías. Eso sería su misión y razón de ser. Pero Jesús en su transfiguración en el Tabor, revela que no es sólo el Mesías, sino persona divina.

Así su misión trasciende la del mesianato, se convierte en el Salvador del género humano; no es el Mesías, es el Redentor (que será concebido como la tercera persona de la divinidad). Así la transfiguración en el Tabor es la revelación y confirmación de la divinidad de Jesús. La transfiguración es el paso del misterio de la resurrección de Jesús y de todos los hombres que serán juzgados por Cristo al fin de los tiempos.<sup>32</sup>

Como se ve la trascendencia del pasaje del monte Tabor es inmensa; se trata menos que del inicio de una nueva era en la historia divina y humana, la de la

<sup>31</sup> La sagrada Biblia traducida de la vulgata latina al español por don Félix Torres Amat, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana, México, 1953, p. 418.

<sup>32</sup> Edmundo O’Gorman, “Notas sobre la investigación del título de la novela Calvario y Tabor”, manuscrito original en nuestro poder.

redención. Estas reflexiones servirán para darnos una idea del sentido que se dio época a los acontecimientos del año 67. De todo esto haremos comentarios adicionales más adelante.

Ahora debemos terminar el examen del discurso de Riva, donde, siempre en buena retórica, comprime el caos de las primeras décadas de vida independiente en un lapso relativamente rápido, sobre todo si se atiende a la magnitud del proceso:

...con asombro y a despecho de nuestros enemigos, podemos presentar al mundo, hombres que sintieron brotar su barba cuando la antigua metrópoli española dictaba sus órdenes a los antiguos virreyes de la Nueva España; y la nieve de los años blanquea apenas su cabeza y esa Nueva España es ya una República libre, independiente, soberana que ha despedazado por dos veces el yugo extranjero; que ha roto las cadenas del fanatismo y el retroceso.<sup>33</sup>

Claro que Riva piensa en un tiempo histórico, donde cincuenta años son pocos para el historiador. El yugo extranjero a que se alude, dos veces despedazado, es por supuesto la dominación española y la intervención francesa o segunda independencia. Para Riva y sus amigos intelectuales el éxito rotundo debió ser realmente una “transfiguración”, porque ellos, primero que nada escritores, pensaban en términos de composición literaria y de eficacia dramática, y realmente no podía pedirse un concepto más vigoroso, más grandioso. Tal vez se hace mal al calificar a la época que siguió a 1867 como la República Restaurada, pues quienes lo hacen así proponen la idea de una restauración y pasan por alto esa misteriosa transfiguración de la nación, como si, hubiera sido cosa del otro jueves. Ciertamente, los contemporáneos hablaban de una segunda independencia, pero no tanto como una restauración de la República dibujada en la Constitución de 1824, sino como la apoteosis final del proceso 1808-1867; más exacto

---

<sup>33</sup> VRP, Discurso que pronunció en la alameda..., loc. Cit., [1867], p. 1-2. , Ibid., p. 1-2.

sería pues, hablar de la República Transfigurada si se busca el color, o del Estado nacional hegemónico, si se prefiere la exactitud.

Pero en este Riva de 1867 ya es bien perceptible una sensibilidad histórica muy fina y bien ponderada. Acaso la apreciación de la importancia del triunfo de ese año era de suyo evidente, pero también en otros aspectos Riva demuestra que no sólo sabe datos, sino historia propiamente dicha. Así cuando señala: “La conquista de las Américas, obra del espíritu en que se verificó...” para mostrar la diferencia grande en la visión del mundo o XVI y del suyo, que hizo de la conquista de pueblos más débiles primero un derecho divino “y hoy objeto de ignominia”. También nos da Riva un adelanto de su personal versión de Cortés: “el más hábil, el más audaz y el más afortunado de todos los aventureros que registra la historia del mundo”,<sup>34</sup> nada más y nada menos. Y hay también una conciencia historicista cuando señala:

Esta fue la conquista; pero no tendremos un rencor para sus hombres, porque ellos no hacían sino lo que nosotros: adivinar y seguir el espíritu de la época, las ideas de su siglo y la conciencia de su nación; porque entonces, el conquistador y los conquistadores creían arrastrar al mundo así al progreso...<sup>35</sup>

El lugar común de la tranquilidad de la vida colonial (que se repetirá en el México... ) lo expresa Riva con eficaz pluma:

Tranquilos se deslizaban los días de los virreyes, y México se aletargaba en la ignorancia y la esclavitud. Apenas turbaba la calma del extenso territorio de la Nueva España el pasajero rumor de la plebe de algún pueblo o de alguna ciudad, amotinada por la miseria... o el ataque de algún pirata sobre alguno de los mal defendidos puertos de la colonia.<sup>36</sup>

---

<sup>34</sup> Ibid., p. 1-2.

<sup>35</sup> Ibid., p. 1-2.

<sup>36</sup> Ibid., p. 1-2.

Copiamos en seguida el párrafo relativo del México a través de los siglos y reserva de ampliar los comentarios al analizar esta obra:

Período tranquilo de crecimiento ininterrumpido apenas por tumultos locales y sin consecuencias, o por invasiones piráticas en las costas, que no tenían más resultado que el saqueo o destrucción de algún puerto, la vida de la colonia se deslizaba sin vida y sin brillo, noticias de la corte que una o dos veces al año llegaban con las flotas, las funciones religiosas, los actos literarios de la Universidad y algunas veces las ejecuciones de justicia o los autos de fe, eran los acontecimientos que turbaban la monotonía de aquella existencia.<sup>37</sup>

Aquí cabría reflexionar que todo historiador aborda su objeto de estudio con ciertas ideas preconcebidas. En el caso de Riva y de su época dichas ideas no sólo se referían a la heurística y la hermenéutica sino también a la composición, hoy tan descuidada. Los grandes modelos de la época como, por ejemplo, Michelet, hacían un tipo de historia donde el acontecimiento y la peripecia eran fundamentales; la gran importancia que tenía entonces el relato mismo producía libros que, por así decirlo, había que alimentar de carbón sin cesar, como una locomotora a vapor, para mantener el interés, el brillo y el colorido del relato. Por ello la narración de los acontecimientos de nuestro siglo XIX se prestaba perfectamente para esta historiografía episódica; en cambio la época colonial era más difícil, más estática, y se imponía el relato pormenorizado de conquista de las diferentes regiones, lo mismo que de las rebeliones y los motines. En este punto es preciso aceptar la distancia que media entre nosotros y Riva y los historiadores que lo precedieron; ahora el análisis lo es casi todo, entonces la narrativa reinaba y tal vez por ello los libros actuales tienen una corta vida, en tanto que los decimonónicos, muy superados en cuanto a información, nos siguen cautivando razones fundamentalmente literarias, como por ejemplo el pasaje de la Historia de Méjico de Alamán, donde inmortaliza el saqueo de una dulcería por los indios hambreados

---

<sup>37</sup> VRP, México a través de los siglos. T. II El virreinato, Espasa y Compañía, editores Barcelona, 1884-1889, p. XII.

durante la toma de Guanajuato. Se pueden hacer sesudos estudios sobre la alimentación de los indígenas pero ¿quién superará la prosa elegante y medida de Alamán?

El amor a la causa liberal, el horror a la monarquía, una visión manida de la Nueva España -por no llamarle ignorancia- dan lugar a que en este discurso cívico de 1867 Riva mienta bien y bonito:

Nada de noticias de Europa; nada de relaciones con los otros pueblos del mundo; nada de imprenta, ni de libros, ni de periódicos, ni de instrucción pública. Todo era tan extraño para el gobierno colonial, como las revoluciones del celeste imperio para los antiguos habitantes de Tenoxtitlan.<sup>38</sup>

Pero a pesar de todo, nos asegura Riva, la idea de progreso representada por la independencia y la libertad “calcinaba” a más de un cerebro. Algunos de ellos eran sorprendidos “en medio de sus misteriosos trabajos y de sus santas meditaciones” e iba a parar las cárceles de la Inquisición “en donde el hombre entraba vivo en la región de los muertos”.

Mas la Providencia se presentó en “un anciano”, luego repite: “Hidalgo, el anciano de la mirada dulce y tranquila de las vírgenes de la Escritura”; insiste: “los cabellos de plata de la vejez”, “era el hombre llamado a dar forma a la idea, a realizar el pensamiento, a proclamar la independencia de México, a romper las cadenas que ataban a la Nueva España con la Vieja España”. Y Riva todavía nos espeta otro “anciano virtuoso”, que no es otro que Cristóbal Colón.<sup>39</sup>

También se aprecia en este discurso una idea muy propia de Riva que consistía vituperar a España; aun en medio de la guerra de Independencia no deja sin valor al

---

<sup>38</sup> VRP, Discurso que pronunció en la Alameda..., loc. Cit., [1867], p. 1-2.

<sup>39</sup> La idea de Hidalgo como anciano es una construcción historiográfica según lo demuestra Edmundo O’Gorman. Véase su artículo “Hidalgo en la historia”, en Secuencia, núm. 6, septiembre-diciembre de 1986, p. 171-185.

adversario, lo cual, por cierto, aumenta el mérito del triunfo: “y los valientes hijos de Cortés y de Pelayo necesitaron para ser vencidos, una generación de Hídalgos, de Morelos y de Guerreros.”<sup>40</sup>

Menciona que a aquella Iliada le ha faltado un Homero (pero no tardaría en llegar, su nombre: Vicente Florencio Carlos Riva Palacio y Guerrero). También menciona, por supuesto, a su abuelo el libertador, resalta su abnegación; pero como republicano genuino que era nuestro Riva, ni en este texto ni en otros ensalza, saca de órbita o hace alarde del abuelo y antes reclamó la muerte injusta de Iturbide, que la de su sangre.<sup>41</sup>

A partir de la Independencia dos partidos, el liberal y el conservador o clerical, se disputaron el poder durante cincuenta años, sin que hubiera casi un momento de paz. Al término de este proceso, en la guerra de Intervención, México mostró al mundo su valía. Así: “La última esperanza del partido conservador y el último nudo del Plan de Iguala. [es decir el proyecto monárquico] se han desatado sobre la tumba de Maximiliano.”<sup>42</sup>

El remate del discurso de Riva es curioso. En lugar del clásico final que vitorea a los héroes y arrebatada, por gana o por fuerza, las exclamaciones del público, él dice a auditorio: “Pueblo: debes estar satisfecho de ti mismo”. La frase es sencilla pero para comprenderla a fondo debemos recordar lo que Vigil nos ha dicho -en un texto que comentamos- sobre el sentimiento de inferioridad que nos arruina. Y Riva agrega que en ese momento se presentara el espíritu de Hidalgo y preguntara: “¿qué habéis hecho

<sup>40</sup> VRP, Discurso que pronunció en la Alameda..., loc. Cit., [1867], p. 1-2.

<sup>41</sup> Véase “Iturbide”, en VRP et al., El libro rojo 1520-1867. Hogueras, horcas, patíbulos, martirios, suicidios y sucesos lúgubres y extraños acaecidos en México durante sus guerras civiles y extranjeras 1520-1867, Díaz de León y White, editores, México, 1870.

<sup>42</sup> VRP, Discurso que pronunció en la Alameda..., loc. Cit., [1867], p. 1-2.

con la independencia que os legué? Él respondería, orgulloso, a nombre de todos: “Defenderla, reconquistarla, consolidarla.”<sup>43</sup>

Como comentario final a este texto podemos decir que Riva da fe de una reflexión personal -no tomada de otros- de la historia de México, motivada, en primer término, por haber participado en la vida pública del país desde mediados de los años cincuenta. No menos importante es que este discurso forma parte del movimiento literario que, a través de la invención estética, contribuyó en gran medida a la invención del Estado. Pero confesamos cierta sorpresa al percibir claras señales de un buen oficio de historiador, que hasta este momento habíamos ubicado como algo posterior al proceso escriturístico de sus novelas históricas. Gracias a ellas el historiador madurará, no cabe duda, pero ya cuenta con buenos elementos que quizá deban atribuirse a su educación y especialmente al conocimiento de los clásicos. Esta misma explicación es la única que podemos proponer para dar cuenta de la erudición de Larráinzar, que ya hemos comentado. Ambos son autores de mucho mérito, pues ellos nunca dejaron de estudiar; sí, lectores voraces pero, más que eso, lectores extremadamente inteligentes.

Discurso pronunciado por el general Riva Palacio en la capital de la república el 16 de septiembre de 1871<sup>44</sup>

El discurso abre con el exordio característico de estas piezas oratorias: México ha tenido que luchar por su libertad desde la cuna; el amor a la patria es similar al amor a la madre. En seguida plantea Riva su teoría de la historia: la humanidad se ha dividido

---

<sup>43</sup> Ibid.

<sup>44</sup> VRP, Discurso pronunciado por el general Riva Palacio en la capital de la república el 16 de septiembre de 1871, Imprenta de F. Díaz de León y Santiago White, México, 1871.

siempre en dos grandes partidos, el del progreso y el del retroceso; la historia es pues una marcha ascendente en la que luchan la inteligencia y la ciencia contra el oscurantismo y la superstición:

Los hombres, espantados del porvenir o halagados a veces por sus recuerdos, se dividen instintivamente, anhelando unos el bien y la felicidad de los pueblos en las conquistas que esperan hacer en el porvenir, soñando otros la felicidad y la fortuna como la emanación directa de las viejas instituciones, de las pasadas y olvidadas costumbres y de las ya gastadas tradiciones. Pero de esa lucha, del choque del pedernal contra el acero, brota siempre la luz rojiza como el reflejo de un incendio, porque es luz de sangre y de rencor, pero luz que, iluminando siempre, hace dar un paso a la humanidad, paso del que jamás retrocede y que es siempre un avance, porque tal es la ley eterna, que aun el mismo triunfo de las ideas retrógradas, más que aparezca contrario al adelanto, hace marchar siempre el mundo en su camino de progreso y de civilización.<sup>45</sup>

El párrafo anterior señala con toda claridad que la ley fundamental de la historia es el “progreso”, pero éste sigue un camino sinuoso en el que, por momentos o por siglos pueden dominar las fuerzas retrógradas, pero aun esto termina por ser un avance. Se trata de una “ley eterna”, lo cual apunta a un planteamiento esencialista pues la contingencia histórica no hace mella en su inflexible aplicación. Por otro lado la fe en el progreso es fundamentalmente una actitud optimista, que corresponde bien a la época de la República restaurada y a un discurso patriótico cuyo fin principal es elevar la moral del auditorio.

Es interesante que Riva cobije bajo el principio esencialista de la ley eterna del progreso, la idea fundamentalmente historicista y relativista de que el adelanto y el

---

<sup>45</sup> “Discurso del 16 de septiembre de 1871”, en VRP, *Ensayos históricos* (compilación y coordinador de la obra José Ortiz Monasterio), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1997 (Obras escogidas, p. 60. Citaremos siempre esta edición, más fácil de encontrar, sin perder de vista la original.

retroceso “no se muestran siempre a la luz del sol bajo sus mismas formas, ni se engendran inexorablemente en los cerebros de sus mismos partidarios”<sup>46</sup>, sino que se mezclan, se entrelazan y se confunden como dos serpientes que luchan.

Para ilustrar lo anterior Riva pone un ejemplo muy actual: el clero que en su época es considerado “enemigo de la ilustración, de la democracia y de la soberanía del pueblo” tuvo, en la época del bajo Imperio, un importante papel como “el fiel depositario y el ardiente propagador de la ciencia”.<sup>47</sup> Pero en seguida pone otro ejemplo que es, en sí mismo, toda una interpretación de la historia de México. Comienza por señalar que la conquista de América y su independencia no son hechos aislados, sino que forman parte: “de nuestro grandioso todo, de esa inmensa obra de la humanidad que ha hecho del continente americano el lugar escogido por la libertad, por la república y por la democracia para plantear su imperio”<sup>48</sup>. Al parecer de la historia salvífica del pueblo escogido Riva pasa a la historia del continente “escogido”, si bien se trata de una “obra de la humanidad”, es decir inmanente, no trascendentalista. Luego viene la paradoja: América fue conquistada por un “principio monárquico y religioso intolerante”:

Pero ése era el espíritu de la época, y sería por demás injusto culpar [a] aquellos soldados, aquellos sacerdotes y aquellos reyes que, cediendo a las ideas de su siglo, y con toda la buena fe del fanático en sus creencias políticas y religiosas, seguían el camino natural marcado al progreso de la sociedad, y eran, sin conocerlo ellos mismos, los más entusiastas y constantes obreros del porvenir de la humanidad, y que preparaban, sin comprenderlo, el triunfo lento pero seguro de la democracia y de la república abriendo, con el regio aparato de los dogmas del derecho divino, ancho paso al sagrado principio de la soberanía popular.<sup>49</sup>

---

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 60-61.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 61.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 62.

Admira el sentido de historiador moderno que tiene Riva, cuando previene que no debe juzgarse a los hombres del siglo XVI con ligereza pues eran, precisamente, hijos de su tiempo que no podían salir de la cárcel del “espíritu de la época”; este tipo de conocimiento nos parece de carácter eminentemente práctico, es un conocimiento que se adquiere escribiendo historia, más que leyéndola. Y luego la peculiar dialéctica que convierte a los conquistadores monárquicos en “obreros del porvenir” que abrieron paso a la soberanía popular tiene un sesgo eminentemente positivo; es decir que los colonizadores cometieron muchos horrores, pero su participación fue necesaria para el proceso histórico en su conjunto. Este punto es vital porque no cae en la negación de la Colonia que algunos se sentían obligados a establecer, ni es tampoco la apología del virreinato para preconizar la continuación del sistema monárquico: aquí puede atisbarse ya la visión integral de nuestra historia que Riva inventará, un logro estupendo que tendrá como piedra de toque el México a través de los siglos. Muy inspirado Riva continúa su discurso:

La América era ese continente predestinado: la raza debía formarse de la mezcla, de la amalgama de conquistadores y conquistados, de vencedores y vencidos, de señores y de tributarios, para esto, era necesaria la conquista, era necesario que los soldados de los monarcas del viejo mundo vinieran a echar por tierra instituciones monárquicas del nuevo, que los principios de absolutismo y de gobierno hereditario vinieran a borrar hasta el recuerdo del absolutismo y del gobierno hereditario, y que los mismos sostenedores del derecho de conquista vinieran a soplar el fuego de independencia, convirtiéndose así, de terribles enemigos, en poderosos auxiliares de la libertad. Y así sucedió.<sup>50</sup>

Aquí Riva aclara que cuando dice que América era el continente “escogido” quiere decir “predestinado”. La acepción original de esta palabra es de orden religioso, literalmente: señalado por Dios desde siempre para la gloria. Este gesto trascendentalista

---

<sup>50</sup> Ibid., p. 63.

debe tomarse muy en cuenta y habrá que ver si se repite en otros textos de Riva, porque también deberemos estar muy atentos a las mutaciones de su discurso que ocurren en relación a el género que elige en cada paso; de cualquier modo el auditorio de este discurso cívico debió sentirse halagado con la idea de que formaba parte del continente más grato a Dios.

Otro requisito para la soberanía del pueblo -afirma Riva- era el surgimiento de una raza nueva, que hubiera perdido los hábitos de los pueblos monárquicos; tal raza se formó de la mezcla -que Riva denomina incluso “amalgama”- de conquistados y conquistadores. Pero el término químico conduce a pensar en una mezcla cabal de suyo homogénea; la realidad era mucho más compleja pues, aun concediendo que la inmensa mayoría de los grupos étnicos tenían mayor o menor grado de mezcla con otras razas, la identidad étnica y la estructura social eran bastante más complicadas que la imagen simplificada de una sola raza mestiza, producto del cruzamiento de indios y españoles. Ahora bien, en este discurso Riva no pretende hacer una clasificación sociorracial; él está haciendo filosofía de la historia en la acepción de comprender el sentido y el rumbo de nuestra historia. Y como México no puede comprenderse como un país puramente criollo, ni puramente indígena, el mestizaje es la única solución de identidad nacional, por más que a muchos les incomodara la condición de mestizo (con todo y que Riva calla el componente negro, completamente inaceptable en la calle de Plateros). La mezcla racial es una actividad tan antigua como la historia, sin ser los pueblos europeos la excepción: Inglaterra, después de la victoria normanda de Hastings en 1066, inició un proceso de mestizaje entre normandos y sajones.

Riva asegura que en América sólo se conoció el lado odioso de la monarquía, guerra, persecución, esclavitud, monopolio, estanco, impuestos, azotes, picota y autos de fe; jamás tuvieron los virreyes la autoridad, el lustre ni los gestos magnánimos de los reyes europeos; esto desprestigió la monarquía. Por otra parte en la época colonial hubo un buen número de tumultos que Riva destaca por su conexión con lo que llegaría a ser soberanía popular:

Los tumultos, tan comunes en las colonias, enseñaron a los pueblos que había en ellos un poder, un derecho, una fuerza latente que trataba de ocultárseles, pero que existía y que esgrimían como una arma los mismos que se la negaban. Los pueblos entonces comenzaron a comprender que eran algo que no creían; comenzaron a comprender, que sus opresores eran menos de lo que ellos presumieron.<sup>51</sup>

No estamos seguros de que haya una relación directa entre los tumultos coloniales y la soberanía popular y el sistema republicano. En contra de esta idea podríamos señalar que, con la independencia, los tumultos no cesaron ni tampoco los levantamientos indígenas. En el fondo de este planteamiento parece estar la necesidad de mostrar que la colonización española no abatió completamente a los nativos, que en cual momento sacaron la casta y se rebelaron. En el texto de Prieto que ya hemos comentado en un capítulo anterior está la idea de que, de la historia colonial, sólo se podía sacar provecho de los motines y levantamientos. Y esta necesidad es, por así decirlo, estratégica pues ¿cómo podría darse a la guerra de independencia un aire glorioso, sin adelantar los antecedentes que ya anunciaban esa gloria? Es decir que no se pasa de la nada a la gloria de un día al otro, debe haber premoniciones, señales y recursos eminentemente narrativos para escribir un relato verosímil; toda estatua necesita un zócalo. El proceso se desarrolló lentamente:

---

<sup>51</sup> Ibid., p. 64.

Los modernos apóstoles de la democracia habían tenido colaboradores, y los ilustres héroes de nuestra independencia, infatigables obreros que comenzaron trescientos años antes a preparar el desenlace de ese grandioso drama que se llama la independencia de México, de esa sublime epopeya que se llamó la libertad del Nuevo Mundo, de ese gigantesco paso de la humanidad que se llama y se llamará por muchos siglos la democracia en la América.<sup>52</sup>

Con hábil pluma Riva dibuja como se presentía la llegada de la libertad:

En aquellos días el terreno estaba preparado para recibir la simiente; el bronce líquido y dispuesto para correr precipitándose en el molde; los pueblos, esperando y presintiendo que había llegado el momento de alzarse por su libertad, por ser pueblos, por ser reyes y señores de sí mismos...<sup>53</sup>

Y Riva destaca con inteligencia que la emancipación fue un fenómeno continental, que recorrió toda la cordillera de los Andes y en todas partes se formaron repúblicas, a excepción del caso muy particular de Brasil. De este modo el acontecimiento se muestra en toda su magnitud hemisférica.

En seguida Riva expresa que se abstendrá de narrar las mil peripecias y actos de valor que tuvieron por escenario nuestra guerra de independencia, encabezada por las señeras de Hidalgo, Morelos y Guerrero; en cuanto al imperio de Iturbide dice que “aquel ensayo era el error de un pueblo niño”,<sup>54</sup> Y agrega:

Cuarenta y cuatro años después, en el cerro de las Campanas, tenía un sangriento desenlace el segundo ensayo monárquico, y la sombra de Maximiliano vagó errante, hasta que envolvieron a Francia las tinieblas de la noche en la memorable jornada de Sedán.<sup>55</sup>

Este pasaje resulta un poco hermético pero seguramente alude a que los excesos del ejército expedicionario francés en México durante el segundo imperio fueron

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 64-65. Las últimas palabras de este párrafo recuerdan el libro famoso de Tocqueville.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 65.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 67.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 67.

castigados por la Providencia en la guerra franco-prusiana que fue tan costosa para Napoleón III.

Otro elemento que a nuestro parecer proviene de la religión, la misma que profesaban todos los oyentes de Riva, es cuando éste señala que un pueblo que no ha sufrido no comprende la grandeza de su conquista, “que no sabrá estimar en lo que vale y que no será capaz de sucumbir desapareciendo de la faz de la tierra, antes que perder la gloriosa herencia de sus mayores”.<sup>56</sup> Aquí vemos la idea del Calvario necesario para llegar a el Tabor; entonces, ha sido necesario que México padezca. Pero en este punto se podría argumentar que los Estados Unidos sufrieron menos que nosotros durante el XIX ganaron la guerra con México, ganaron la guerra contra los indios, sufrieron -eso sí- considerablemente durante su Guerra Civil, en la que usaron mortíferas armas modernas, grandes cañones y los primeros barcos acorazados, pero el saldo nos parece más favorable que el nuestro y sin mengua de la herencia de sus mayores. Aquí Riva es retórico.

Después de comparar a los grandes hombres del antiguo y del nuevo continente, Riva asegura que los americanos son superiores, pero no cree necesario explicar por qué. Recordemos que se trata de un discurso cívico. Y luego apela a su vena poética describir los antecedentes de las modernas repúblicas:

Las repúblicas de Roma fueron el galvanismo, la ilusión y el ensayo; las de Francia la poesía, la pasión, el vértigo; las de América la realidad, la lógica, la filosofía.

El porvenir es de la democracia: el vapor y la electricidad, llevarán del nuevo mundo al viejo continente esas ideas y esas instituciones que son el terror de los grandes y la esperanza de los pequeños; que anuncian la nueva redención, y que no tienen escrita su historia en ciclópeos muros ni en pelásgicos monumentos, sino en una senda de luz que se mira en el porvenir, porque la democracia y el

---

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 69.

progreso son como Atila que marcaba con ruinas el paso de sus ejércitos, sino como el libertador de los israelitas que hizo abrirse los mares tempestuosos para dar paso franco al pueblo escogido.<sup>57</sup>

Está visto que las instituciones republicanas que Riva defiende con tanto ardimiento, no pueden prescindir del lenguaje teológico y la historia de México viene a ser a fin de cuentas otra historia de la “redención”, que encaja perfectamente con la idea del mundo de sus oyentes, netamente religiosa. Y aun en una república Riva tiene tanto derecho como cualquiera a decir un sermón. Esta pieza oratoria termina con unas frases lapidarias: “México es grande porque es republicano, México es libre porque merece serlo, México es la tumba de las tiranías y el asilo de las libertades. ¡Viva México!”<sup>58</sup>

Un último comentario: Riva es otro pensador más que cuestiona la falta de confianza que tienen los mexicanos en sí mismos: “quizá nuestro gran defecto nacional haya consistido en la poca fe que hemos tenido en nosotros mismos, y la demasiada veneración en las cosas y los adelantos de otros países, que a través de exageradas relaciones, han tomado a nuestros ojos proporciones gigantescas.”<sup>59</sup> Aquí Riva habla por experiencia, pues un año antes de pronunciar este discurso viajó por varios países de Europa y, en su opinión, pese a “exageradas relaciones”, creía que México podía ir con ventaja con aquellos en no pocos aspectos. No nos parece fundamental averiguar si en efecto México podía competir con ventaja; creemos que en la valoración de lo propio está permitida, hasta cierto grado, la exageración. Así lo han hecho siempre todos los pueblos de la Tierra.

### Los Ceros, galería de contemporáneos

---

<sup>57</sup> Ibid., p. 70-71.

<sup>58</sup> Ibid., p. 72.

<sup>59</sup> Ibid., p. 71.

Al mismo tiempo que se publicaban las Tradiciones y leyendas mexicanas (principios de 1882) y en el mismo periódico (La República), comenzaron a aparecer una serie de artículos firmados con el enigmático seudónimo de “Cero”, del cual tomaron su nombre.<sup>60</sup> El autor originalmente fue Juan de Dios Peza, pero Riva se robó el seudónimo descaradamente. Todo esto era vago y confuso hasta que apareció el trabajo de Clementina Díaz y de Ovando,<sup>61</sup> en el cual descubrió cuáles de los “Ceros” eran de Peza, cuáles de Riva Palacio y no faltaron algunos escritos a dos manos.

Pocos libros se hallarán en nuestra literatura que reúnan los tres elementos que distinguen a Los Ceros: una erudición de buena ley, rica y variada, el retrato de algún personaje del medio literario y un fino humorismo que hace burla de los retratados es punzante pero no lastima.

Entreveradas con el retrato de los escritores que homenaja, aparecen súbitamente ciertas digresiones eruditas sobre los temas más variados, generalmente relacionadas con el personaje en cuestión. Así el retrato de José Peón Contreras, dramaturgo, da lugar a una digresión sobre los orígenes y desarrollo de la tragedia; así también, el retrato del poeta Juan de Dios Peza incluye una discusión sobre la lírica y la teoría literaria en general.

También aborda asuntos de tema histórico, por ejemplo en el retrato Francisco Sosa, que está como hecho a la medida para hablar del género biográfico. En

---

<sup>60</sup> Posteriormente una selección de los Ceros publicados en La República se publicaron en el libro Los Ceros. galería de contemporáneos por Cero, Imprenta de F. Díaz de León, México, 1882.

<sup>61</sup> Clementina Díaz y de Ovando, Un enigma de los “Ceros”. Vicente Riva Palacio o Juan de Dios Peza, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1994 (Ida y regreso al siglo XIX). La primera versión de este libro fue la tesis doctoral de doña Clementina, “La incógnita de algunos “Ceros” de Vicente Riva Palacio”, Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Filosofía y Letras, 1965.

ese año de 1882 ya se sentía en el ambiente intelectual un positivismo pujante, que tenía por trinchera el periódico La Libertad, que se definía como liberal-conservador tal vez en oposición a liberal puro o radical. Paralelamente los viejos liberales iban siendo desplazados por hombres más jóvenes que, si no podían presumir de hazañas guerreras durante la Intervención francesa, poseían un gran pragmatismo, el cual incluía hacer de la Constitución de 1857 letra muerta, o poco menos. Por ello el “Cero” dedicado a Sosa es una discusión sobre la teoría del “grande” hombre, entendida en el sentido de que los individuos juegan un papel importante en la historia y ello lo conduce a disentir con los positivistas. El texto no sólo tiene valor arqueológico, pues su postura es moderada y concede una innegable influencia de los factores materiales y sociales; pero defiende la tesis de que los individuos, y sobre todo los más destacados, aportan algo a la historia, pues de otro modo viviríamos el fatalismo islámico, el “estaba escrito” y la sumisión total a vastas fuerzas impersonales.<sup>62</sup>

Otro rasgo notable de los “Ceros” es que el autor quiso rendir homenaje a los escritores de México, y no reparó en su bandera política; de ahí que haya sendos “Ceros” dedicados a Ignacio Aguilar y Marocho, Ipandro Acaico (seudónimo arcádico de Ignacio Montes de Oca y Obregón) y José María Roa Barcena. Así como perdonó a los prisioneros belgas durante la Intervención, así como adoptó el lema “Sin rencores por el pasado ni temores por el porvenir”, así como pidió en 1867 una amnistía general y completa para los vencidos, así reconoce el mérito literario de los escritores

---

<sup>62</sup> Véase nuestra edición de este Cero en Secuencia, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, p. 117-134.

conservadores, pues para él los partidarios de buena fe simplemente profesan otra forma de patriotismo, pero buscan a su manera lo mismo: el bienestar del país.

La cantidad de fuentes y autoridades que cita Riva en Los Ceros es grande y predominan los clásicos griegos y romanos, los clásicos de nuestra lengua y los autores contemporáneos, en ese orden, según una cala que hice de las primeras cien páginas del libro. ¿Cómo, cuándo leyó tanto Riva? Parece que la única respuesta es la que diera don Enrique Florescano en cierta ocasión que un estudiante cuestionó que hubiera leído todos los libros que citaba en un libro; dijo Florescano: “lo que sucede es que a mí me gusta leer”.

Quizá nada muestra mejor el carácter que domina al libro que el prólogo del autor. Riva comienza por criticar el prólogo de la novela Carmen de Pedro Castera, “escrito por un amigo del autor”, que no es otro sino el propio Riva. En seguida hace una defensa del historiador y filósofo Ernesto Renan, -uno de los autores más citado por Riva- que en su opinión ha sido erróneamente interpretado por un miembro del Ateneo de Madrid. Luego hace una parodia de los prólogos de los editores, sumamente divertida. De paso, critica la cobardía y el mercenarismo de algunos periodistas, y para terminar señala que ya nadie se ocupa de escribir, pues lo que todos quieren es hacer negocios con el gobierno (otro signo del cambio de época). Y a todo esto, sin que sepamos por qué o para qué se ha referido al Quijote de Cervantes, a una traducción de Francesca de Rimini y al Guerra de Cataluña de Melo; menciona a Quevedo, a Buffon, a Valmiky y a Kalidaza, cita textualmente a Renan y a Marcial; se burla, además, de su amigo José María Vigil al referirse a su traducción de las Sátiras de Persio, en donde “va la obra del satírico latino

entre el prólogo y las notas, como un chico que ha roto un farol y camina entre dos gendarmes a la Comisaría”.<sup>63</sup>

Son tan variados los temas que se abordan en Los Ceros y hay en cada uno de ellos tanta erudición que ya doña Clementina Díaz y de Ovando dedicó su tesis doctoral, ya mencionada, exclusivamente a este libro. Y no se puede decir que ella haya agotado el venero pues Los Ceros es un libro verdaderamente enciclopédico, pero no es el tema central de esta tesis. En los siguientes capítulos regresaremos a este libro, en particular para analizar las ideas de Riva sobre arqueología y sobre su amigo Alfredo Chavero, autor del tomo I del México...

Para los fines de esta tesis el libro Los Ceros resulta especialmente importante pues nos revela, en primer término, que cuando Riva acomete la empresa del México a través de los siglos posee un envidiable manejo de la lengua; además sirve para conocer con bastante detalle su bagaje intelectual, sus filias y sus fobias, y no cabe duda que bien se le puede aplicar el adjetivo de sabio. Ciertamente, en Los Ceros Riva se ocupa más de cuestiones literarias y menos de las historiográficas, pero ambas conviven y ambas deben ser tomadas en cuenta para analizar el México...

#### Introducción al curso de historia universal

Se trata de un manuscrito de 47 páginas que hallarnos en el legajo de documentos sin fecha del Archivo Vicente Riva Palacio de la Universidad de Texas en Austin.<sup>64</sup> No está firmado ni tiene indicación de lugar; no tiene título y, por esa razón, nosotros lo hemos bautizado. La letra no es la de Riva, sino otra, clara y pareja. Por su

---

<sup>63</sup> Cero (seudónimo de VRP), Los ceros. Galería de contemporáneos, por..., Imprenta de F. Díaz de León, México, 1882. p. 6.

<sup>64</sup> Utx-A, AVRP, folder 199, doc. 22.

contenido nos enteramos que se trata de la primera de varias “lecciones” de un “curso de historia universal”, que se impartía cada quince días en alguna institución de educación superior militar. En efecto, dice el documento que las lecciones “llegarán a dar un producto grande para el ejército” y que el catedrático se encuentra allí “por elección de algunos jefes del ejército, que pretendían establecer esta educación superior”.<sup>65</sup> La redacción del texto es a menudo inconexa y la ortografía de los nombres de varios autores es errónea. Todo hace suponer que este texto es la versión escrita de las lecciones o impartidas por el catedrático, es decir los apuntes de clase que alguien tomó.

Estamos convencidos de que el catedrático de referencia no era otro que «por ello es que se halla este documento en su archivo personal. En el texto se dice que un general que ha perdido la confianza de su gobierno no debe perder el tiempo promoviendo revoluciones, sino que debe propagar la instrucción en el ejército. Tenemos pues que el maestro es un general “que está retirado”, que ha perdido la confianza de su gobierno “explíquesele él o no”.<sup>66</sup> Esto corresponde bien a la situación de Riva en 1884. Después de sumarse al Plan de Tuxtepec y de su paso por el Ministerio de Fomento había dirigido la campaña presidencial de Manuel González; pero convertido éste en presidente Riva se torna, por razones aún no enteramente explicadas, diputado de la oposición. Luego, al ventilarse la cuestión del níquel, el general catedrático encabeza a los enemigos de la nueva moneda y termina en la prisión de Santiago Tlatelolco. Este episodio marca el fin de su carrera política y militar, y bien puede decirse que a partir de

---

<sup>65</sup> VRP, “Introducción al curso de historia universal”, en *Ensayos históricos* (compilación, estudio preliminar y coordinador de la colección José Ortiz Monasterio) Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1997, p. 94.

<sup>66</sup> *Ibid.*

entonces está “retirado”. Es en esa época que escribe el México a través de los siglos, obra financiada por el Ministerio de Guerra, el cual posiblemente quiso aprovechar las luces de Riva y le solicitó que impartiera un curso de historia universal en la escuela superior del ejército. Pero hay además otros datos que fortalecen la hipótesis de la paternidad de Vicente Riva Palacio. Uno de los autores más citados por Riva, en todas sus obras, es Renan: pues en este texto se le menciona tres veces. En otra parte del documento el catedrático asegura: “he hablado en España con multitud de personas”;<sup>67</sup> pues sabemos que Riva conoció ese país el año de 1870. Más adelante se refiere a la moda de “tocarse” el cabello, “a excepción de los que tenían la desgracia de no tenerlo”;<sup>68</sup> esto corresponde muy bien a la calvicie de Riva y sobre todo al humorismo que le era característico.

En cuanto al contenido del documento no hallamos nada que no pudiera haber sido dicho o escrito por Riva. Más bien al contrario, en el estilo torpe de quien tomó los apuntes, se revela a un historiador experto; queremos decir que se trata de un hombre con muchas horas de lectura y meditación. Por ejemplo cuando dice: “no hay cosa más dudosa que la historia ni que se preste más a las interpretaciones”,<sup>69</sup> al tiempo que insta a sus alumnos a perderle el “respeto a la historia”.<sup>70</sup> Éste es en efecto uno de los grandes de la profesión: hacer creer en una certeza de la que privadamente dudamos. Eso en el mejor de los casos, pues no falta quien asegure que todo su trabajo está basado en documentos; en estos extremos, decía don Edmundo O’Gorman, mejor sería que publicaran los documentos mismos, en vista de que ellos nada aportan.

---

<sup>67</sup> Ibid., p. 105.

<sup>68</sup> Ibid.

<sup>69</sup> Ibid., p. 95-96.

<sup>70</sup> Ibid., p. 96.

Esta “Introducción al curso de historia universal” reviste gran interés por los aspectos teóricos que aborda, a la vez que ilustra la postura de Riva ante la historia universal. Su obra historiográfica es fundamentalmente de tema mexicano y no conocíamos, por ejemplo, las que eran para él las grandes revoluciones de la historia: el cristianismo, la invasión de los bárbaros, el protestantismo y la democracia, categorización nos suena arcaica y exótica, ahora que se suelen favorecer interpretaciones económicas, pero lo más sabio sería reflexionar que las interpretaciones de nuestra época pueden tener desviaciones, que pueden ser mitigadas contrastándolas con las interpretaciones de nuestros antecesores.<sup>71</sup> Por otra parte, como ya hemos señalado, el énfasis puesto en estas etapas coincide en lo fundamental con lo que sostiene el autor en otro texto suyo que ya hemos comentado titulado De la historia de la religión cristiana, donde se da tanta importancia al cristianismo y al protestantismo y también se hace referencia al papel protagónico de las razas germánicas, lo cual indicaría cierto grado de probabilidad de que ambos textos sean de la misma mano, pero no sería prueba definitiva pues dos o más escritores contemporáneos pueden compartir muchas ideas afines.

La prueba definitiva de la paternidad de Riva respecto a este curso de historia universal es otro documento, este sí de su puño y letra, que no es otra cosa que el índice o borrador de los temas que trataría en el curso.<sup>72</sup> Descubrimos este documento cuando ya teníamos la certeza de que el maestro de ese curso no fue otro que Riva, lo cual fortalece

---

<sup>71</sup> Sin embargo un Jacques Le Goff coincidirá en parte con Riva y dirá que el inicio de la modernidad debe ubicarse en la culminación de la reforma protestante. Véase Alfonso Mendiola Mejía, Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica, México, Universidad Iberoamericana / V Centenario 1492-1992 Comisión Puebla Gobierno del Estado, 1991, p. 24.

<sup>72</sup> Archivo Vicente Riva Palacio, Universidad de Texas en Austin, folder 199, doc. 19.

la confianza que tenemos en nuestro método. Por otra parte, no sabemos si impartió más lecciones, pues no tenemos evidencias documentales de ello.

El autor advierte -y debemos tomarlo muy en serio- que supone en su auditorio cierto nivel: “No se trata de enseñar a niños, sino de dar un curso de lecciones orales, y es preciso que éstas estén a la altura de las personas que oyen”.<sup>73</sup> Aquí lo que leemos es que no pretenderá moralizar. Tampoco será una narración cronológica de todos los sucesos de la historia. Propiamente lo que Riva se propone hacer es enseñar filosofía de la historia: “Tomemos solamente los grandes acontecimientos, estudiaremos las grandes revoluciones que han hecho cambiar la faz de la sociedad e iremos, por decirlo así, estudiando las leyes que han regido a la humanidad desde su origen, que se pierde en la noche de los tiempos, hasta el estado actual de civilización”.<sup>74</sup>

Y si Riva antes ha dicho que la historia se presta a todo tipo de interpretaciones, no debe por ello pensarse que el autor incurre en el pirronismo, en el escepticismo a ultranza; es posible hallar una verdad en la historia, la cual se va decantando -ante los asedios de la crítica, diríamos- y es ésa la que Riva quiere enseñar:

Creo que hay una historia verdadera, es decir que, en medio de este tejido de narraciones que nos llegan día a día por medio de la tradición, hay un hilo de verdades que viene atravesando los siglos y que llega perfectamente hasta nosotros. Y el objeto de las lecciones de historia y de la crítica es encontrar este hilo de verdades, este tejido de seda y oro que es lo que forma la verdadera tela, esa tela de donde se pueden sacar las lecciones del pasado para aplicarlas al presente y al porvenir.<sup>75</sup>

Se hace patente la interpretación de la historia más aceptada en aquella época, la del cristianismo, cuando Riva asevera que el hombre no debe de estar orgulloso por tener

---

<sup>73</sup> VRP, “Introducción al curso de historia universal”, *loc. Cit.*, p. 95.

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 95.

<sup>75</sup> *Ibid.*, p. 96.

como origen el soplo divino, sino que debe estarlo por el grado de civilización que se ha alcanzado en el siglo XIX; de este modo la humanidad adquiere su legitimidad no de un origen ilustre, sino del avance logrado hasta aquel presente -y el que se anuncia en futuro- es decir el progreso. Se pasa así de un trascendentalismo fundacional a un inmanentismo prospectivo.

En cuanto a las grandes revoluciones de la historia, la primera de todas es el surgimiento del cristianismo que fue una “revolución moral”, es decir que ejerció su influjo en el ámbito de la conciencia. “Creo -dice Riva- que no ha habido una revolución que tan directamente haya afectado al ser de la humanidad”.<sup>76</sup> Este enunciado no puede ser visto con ligereza: Riva dice que el proceso fundamental de la historia humana cristianismo, que es la expresión del “ser de la humanidad”. Pero considerando escritos anteriores es preciso subrayar que Riva habla aquí propiamente como historiador el cristianismo tuvo una importancia enorme, si bien en su opinión fue “una revolución sofocada”,<sup>77</sup> pero si durante algún tiempo fue un elemento de progreso y civilización, con el paso de los siglos cesó de ser un elemento propiciatorio del mejoramiento humanidad. Por ello tuvo Riva que denunciar los excesos de la Inquisición, no obstante que la huella del cristianismo en Occidente es gigante, desde la perspectiva historiador. La siguiente gran revolución de la humanidad -dice Riva- fue la invasión de los bárbaros que terminaron por ser los agentes de la caída del imperio romano: “Esta revolución tiene mucho de social porque vino a convertir notablemente el modo de ser de

---

<sup>76</sup> Ibid., p. 98.

<sup>77</sup> Ibid.

aquellos pueblos. Antes de la invasión de los bárbaros, el Estado era todo, el individuo era nada”.<sup>78</sup>

Después vinieron la revolución de la reforma protestante -iniciada por Lutero- y la democracia -la última revolución; y al parecer Riva ve en ésta el destino final de todo el género humano pues la democracia “hará llegar a la humanidad al grado de civilización a que llegar debe”.<sup>79</sup> Tal vez el historiador debiera dejar siempre al futuro caminos vírgenes y soluciones nuevas, pues creer que las instituciones actuales se reproducirán en el futuro puede conducir al defecto del presentismo. Sin embargo los más de cien años recorridos por la humanidad desde la muerte de Riva parecen darle la razón, en el sentido de que la democracia sigue siendo la meta en muchos países; aunque uno de cada tres seres, humanos es chino y comunista.

En seguida Riva se apoya en Renan para argumentar la superioridad de Occidente no por otra cosa que por su mayor conciencia histórica, es decir no tanto por sus mayores conocimientos científicos o técnicos sino por sus mejores conocimientos históricos; asegura que “los pueblos de Oriente han tenido poco cuidado en procurar los conocimientos históricos”.<sup>80</sup> Esta es una marca de época en la que es preciso reparar. La ligereza con que se pasa por alto la milenaria historiografía China, por no hablar del Japón y de la India, delata que para Riva América viene a ser una extensión de Occidente, es decir de LA CIVILIZACIÓN, al tiempo que la mayor parte de Asia, África y Oceanía estaba ocupada en la época de Riva por pueblos que -según se decía- eran poco menos que salvajes. En nuestros días conocemos los resultados de la colonización de la “generosa” Europa, por ejemplo en África, y el saldo es terrorífico.

---

<sup>78</sup> Ibid.

<sup>79</sup> Ibid., p. 99.

<sup>80</sup> Ibid.

Señala Riva la diferencia entre el estudio de las ciencias naturales y el de la historia, pues éste sólo puede trabajar con huellas, con rastros, en tanto que el primero tiene ante sí los fenómenos y puede hacer experimentos con ellos. La parte científica de la historia es cuando se abandona la lista de los reyes y sus sucesores y se estudia “en su parte filosófica, en su parte científica, por así decirlo”.<sup>81</sup> Tal enfoque, lo subraya debe incluir el estudio de las religiones, “porque nada ha ejercido en la tierra influencia que las religiones”.<sup>82</sup>

Según Riva la humanidad suele tomar como modelos a ciertos pueblos “tipo”. Y así la democracia, “el sueño dorado de la civilización moderna”,<sup>83</sup> ha querido ver orígenes en las instituciones de Grecia y Roma pero, dice Riva, quienes así piensan pasan por alto que aquellas eran sociedades muy distintas y, en consecuencia, el significado de palabras como “república” y “democracia” ha cambiado radicalmente. En seguida Riva rompe el relato sobre los diferentes pueblos “tipo”, como lo fue Francia en el siglo XIX, y da la explicación de por qué jamás escribió sus memorias, a pesar de que don Santiago Ballecá, el editor, estaba muy dispuesto a publicarlas, como veremos más adelante:

César escribió sus campañas, y todos los que escriben las suyas tienen el defecto de que no pueden ser imparciales. En política las confesiones perjudican. Si un hombre confiesa una culpa o un defecto en lo particular, puede inmediatamente alcanzar la consideración y aun el aprecio, pero en memorias políticas no sucede lo mismo, el que tiene la debilidad de confesar un error o un delito, tiene en contra suya a todos aquellos que se creen incapaces de cometerlo y si me preguntáis ¿quiénes son estas personas? Os diré: todo el mundo, porque un hombre que tiene una debilidad política y dijera, el que se encuentre limpio tira la primera piedra, todos la tirarían los primeros, porque nadie se cree capaz de cometer un error político.<sup>84</sup>

---

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 101.

<sup>82</sup> *Ibid.*, p. 100.

<sup>83</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>84</sup> *Ibid.*, p. 106.

Y sobre el significado original de la voz “historia” Riva expresa un concepto que no ha perdido su actualidad:

Entre nosotros la palabra historia se toma como una relación tan verdadera que no hay lugar a dudar de ella, pero no es así. En su origen la historia quiere decir, en los tiempos primitivos, investigación de la verdad, de manera que los primeros historiadores buscaban la verdad cuando escribían la historia, y nuestros historiadores cuando la escriben creen poseerla. He aquí la gran diferencia entre lo que significa la palabra historia. Nuestra sociedad moderna tiene la fatuidad de creer que conoce la verdad de aquellos hechos que los mismos antiguos no se atrevían a decir que la conocían.<sup>85</sup>

Algo debemos decir de la erudición de Riva. A nuestro parecer hay dos formas ilegítimas y sólo una legítima de erudición, la erudición de buena ley. Ilegítima erudición es aquella que no viene al caso, que nada añade a la historia principal y que, como los sombreros de plumas, generalmente hunden y no favorecen a quienes los porta. Otra forma ilegítima de erudición es la que se obtiene al vapor y se quiere vender como una joya del saber: tal hacen quienes acuden a esos libros de frases célebres donde rápidamente se pueden buscar las opiniones de los famosos sobre todas materias, en su mayoría inocuas, pero que son sobre todo intrascendentes y sólo se han conservado en la memoria porque las dijo un gran personaje. La verdadera erudición, la que no es falsa sino de buena ley, es la suma decantada de muchos años de estudio. Poco tiene que ver en ella la memoria y mucho la comprensión profunda de los asuntos humanos. Así, el escritor hace alusión a un elemento cultural que refuerza su argumento, que resulta muy pertinente y, además de eso, que es una verdad más o menos profunda y no una fruslería. La memoria no entra mucho en juego porque cualquiera puede memorizar un párrafo de tal o cual autor, en tanto que el genuino objetivo de los estudios humanísticos es

---

<sup>85</sup> Ibid., p. 107.

comprender a la sociedad y lo que se comprende bien nunca se olvida, porque no es un dato sino un proceso mental que en cualquier momento se puede volver a hacer. Al menos así comprendemos nosotros la erudición de Riva y es con ella que trae a colación, varias definiciones de lo que es la historia:

Renan, como he dicho ya, llama historia al estudio de las leyes que han regido a la humanidad. Boleyer la define diciendo que es el estudio del torrente de los experimentos que ha hecho la humanidad en su marcha, desde el principio de los tiempos hasta el tiempo en que nos hallamos. Cicerón, Catilina y la mayor parte de los padres de la Iglesia que han hecho la narración de los hechos, han dado algunas definiciones de la historia que no son científicas, pero que no carecen de verdad. Fontenelle dijo que la historia es la novela del espíritu, como la novela es la historia del corazón. Voltaire dice que la historia es una novela probable. Ninguno de estos dos historiadores ha andado fuera de camino, porque yo me prometo demostrar a ustedes en algunas otras lecciones que la historia, como he dicho al principio, no es más un tejido de falsedades en donde es muy difícil encontrar el hilo de oro de la verdad.<sup>86</sup>

El filosófico recorrido de Riva por la historia universal tiene un final mexicano y bastante audaz, pues reclama que los historiadores siempre se ocupen de la historia de los vencedores y raramente de los vencidos; así se ha perpetuado la visión española de la conquista de México y en cambio se ignora la visión de los vencidos:

Si tomamos todos los libros que se han escrito sobre la conquista de México, venimos a sacar en último resultado que la conquista fue muy justa, muy santa, muy benéfica a la humanidad, que no merecían otra cosa nuestros antepasados y que hubiera sido faltar a una ley eterna, como la del movimiento del sol, el que no hubieran venido a conquistar a México. Ni una queja del vencido se ha exhalado a través de trescientos años, y hoy que México independiente y libre mira para aquellos tiempos, hoy se encuentra con la dificultad de que el transcurso de tres siglos, ha acabado con la historia y apenas algunas personas como el señor Orozco y Berra pueden desenterrar con inteligencia, constancia y trabajo, algo que puede revelarnos, algo que puede decirnos que la conquista fue un acontecimiento notable pero que

---

<sup>86</sup> Ibid., p. 107-108.

hubo en ella tantas injusticias como en las demás guerras que ha habido en el mundo.<sup>87</sup>

Por más que la ciencia avance y nos muestre los posibles errores que pueden hallarse en la obra de Riva, él será siempre un clásico. Como lo muestra el párrafo anterior, México fue siempre el gran asunto de sus meditaciones y él hará siempre, siempre, la defensa de lo propio, es decir de la cultura mexicana. Recuérdese que en a aquella época lo indio era sinónimo de desprestigio y ningún presidente soñó siquiera en ataviarse al modo indígena, como ahora lo hacen todos en sus giras políticas. Este fragmento también aclara que el texto es sin duda anterior al México..., pues de otro modo hubiera sido injusto no mencionar a Alfredo Chavero, el autor de la época prehispánica; a la vez que justifica los motivos para emprender aquella ambiciosa empresa editorial: era preciso llenar una carencia, darle voz a los vencidos y dibujar a los mexicanos de modo que estuvieran pintados por sí mismos y no por extrañas plumas y por ajenos valores.

#### Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico

Existen dos manuscritos de este ensayo en el archivo de Vicente Riva Palacio y el primero es a todas luces un borrador del segundo.<sup>88</sup> Al parecer el subtítulo original era simplemente: “Estudio histórico” y luego fue corregido. Ninguno de los manuscritos está fechado ni firmado. La letra de la versión definitiva es clara y pareja y presenta escasas correcciones, aunque realmente debiéramos decir las letras pues las citas textuales y las notas están escritas con otro tipo de letra, a la vez que las correcciones corresponden a otro tipo distinto (éste último es, a mi parecer, de puño y letra de Riva). Aquí es preciso

---

<sup>87</sup> Ibid., p. 112-113.

<sup>88</sup> Ambas versiones se encuentran en Utx-A, AVRP, fólde G587.

recordar el testimonio de Peza, en el sentido de que Riva tenía “la costumbre de dictar sus creaciones”.

El lugar en que el documento fue escrito y leído se desprende de frases como “la altitud de la ciudad en que vivimos” y referencias a lugares como “el palacio de Chapultepec”. Además es claro que este texto es un discurso leído “en el seno de esa sociedad literaria”; y más adelante dice: “como he tenido la honra de manifestar al Liceo hace poco tiempo al dar lectura al último capítulo de mi historia de la dominación española en México”.<sup>89</sup> Queda claro, pues, que se trata de una sociedad literaria de la ciudad de México y, concretamente de un Liceo, que es sin duda el Liceo Hidalgo pues según informa Alicia Perales en la sección de su libro dedicada a esta sociedad: “En ese mismo mes de octubre [de 1885] el general Vicente Riva Palacio leyó un capítulo de historia del virreinato en México, que publicaría en México a través de los siglos”,<sup>90</sup> Como pruebas adicionales de la autoría del texto podemos decir que Riva era miembro del Liceo Hidalgo desde el 28 de mayo de 1872.<sup>91</sup> Además en el texto hace referencia

---

<sup>89</sup> VRP, “Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico”, en Ensayos históricos (estudio preliminar, compilación y coordinador de las obras José Ortiz Monasterio), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1997 (Obras escogidas, 4), p. 248.

<sup>90</sup> Alicia Perales Ojeda, Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX, México, Centro de Estudios Literarios, UNAM, 1957, p. 120. Esta autora señala que había también en México en 1885 un Liceo Mexicano Científico y Literario, del cual también era socio Riva Palacio, pero era una asociación de menor importancia dirigida por jóvenes como Luis González Obregón y Ángel de Campo “Micrós”. Por último había además un Liceo Morelos, fundado en 1885, pero sus fines eran especialmente dramáticos. En suma cuando alguien a finales del siglo XIX hacía referencia a “el Liceo”, se trataba sin duda del Liceo Hidalgo.

<sup>91</sup> Fecha en la que está firmado el diploma que lo acredita como socio. “Álbum de documentos históricos, impresos y grabados referentes a don Vicente Riva Palacio [en el lomo CAOS], foja 68, doc. 156, Colección Antigua, Archivo Histórico de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia.

los odios hereditarios que frecuentemente aparecían “sobre todo en Italia”, lo cual es significativo pues don Vicente es autor de un drama histórico intitulado “Odio hereditario”<sup>92</sup> cuya acción transcurre, precisamente, en Italia. Por otra parte un párrafo del documento dice así:

Con tan extraños elementos de criterio y con tan extraviadas doctrinas, formose entre los vecinos y conquistadores de las islas una conciencia moral que difícilmente, si no a fuerza de meditación, podemos comprender los hombres del siglo XIX.<sup>93</sup>

Y en la introducción al tomo segundo del México a través de los siglos señala Riva:

Con tan extraños elementos formose en el siglo XVI el embrión de un pueblo que con el transcurso de los años debía ser una República independiente.<sup>94</sup>

La similitud del lenguaje y el estilo indican una muy alta probabilidad de que ambos textos se deban a la misma mano.

En cuanto a la fecha es sin duda posterior a octubre de 1885, ocasión en que leyó la parte final del tomo segundo de México a través de los siglos, a que hace referencia, y anterior -pues se infiere que leyó este trabajo en el Liceo Hidalgo- a su partida a España como ministro plenipotenciario de México, lo cual ocurrió en 1886. Alicia Perales indica que el 22 de marzo de este último año Riva Palacio presentó en el Liceo la introducción de su poema “Juan Venturate” y, en el mes de junio, “en honor de Riva Palacio se preparó una velada literaria en la que tomaron parte el licenciado Antonio Zambrano, Francisco

---

<sup>92</sup> VRP y Juan A. Mateos, “Odio hereditario”, en Las lirás hermanas. (Obras dramáticas) prólogo de Eduardo Contreras Soto, coordinador de la obra José Ortiz Monasterio), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México, 1997 (Obras escogidas, IV), p. 36-92. Esta obra fue estrenada en el Teatro Iturbide de la ciudad de México el 27 de enero de 1861.

<sup>93</sup> VRP, “Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico”, loc. Cit., p. 279.

<sup>94</sup> VRP, México a través de los siglos. Tomo II. El virreinato, loc. Cit., p. VIII.

Sosa y Eduardo del Valle”.<sup>95</sup> A mi parecer debió ser en esta sesión cuando Riva Palacio debió leer su ensayo sobre Hernán Cortés, pero es difícil de creer que su participación haya pasado desapercibida para la prensa; me inclino, en consecuencia, a suponer que Riva se reservó la lectura de este trabajo para sí y sus más íntimos. El contenido del texto carente de moral, tal vez habría enfrentado una mala recepción.<sup>96</sup> O pudo haber, también un fondo político.

Por otra parte, y esto es muy importante, en este documento no hallo nada que contradiga flagrantemente lo dicho por Riva en otros textos. De hecho tiene la distintiva de sus escritos de esta época: una adopción más formal que de fondo del positivismo, parecida a aquel que bajo el ropaje de la última moda conserva su constitución de siempre. Esta postura ideológica puede observarse, por ejemplo, en su rechazo de la teoría del gran hombre (“no soy en sociología partidario de la ‘teoría del grande hombre’”);<sup>97</sup> y en la adopción de la cronología positivista (“la filosofía metafísica después de haber sustituido a la escuela teológica, cede el campo a la ciencia positiva, en cuyo período entra ya resueltamente la humanidad”).<sup>98</sup> También encontramos en texto una larga cita de Spencer, quien es citado como autoridad. Todo ello permite

---

<sup>95</sup> Perales, *op. cit.*, p. 121. Quien a su vez se apoya en *El Siglo XIX*, México, 28 de junio de 1886.

<sup>96</sup> En cuanto a la fecha indicada considera que el documento es obviamente posterior a algunos eventos citados en el texto: la absorción de Alsacia y Lorena por Alemania, que ocurrió en 1871 (Tratado de Francfort); la invasión guatemalteca a Centroamérica, que comienza a fines de marzo y termina el 2 de abril de 1885 con la muerte del caudillo Justo Rufino Barrios. Véase Paul Burguess, *Justo Rufino Barrios: una biografía* (traducción de Francis Gall), Comité Pro Festejos del Centenario de la Revolución de 1871, Guatemala, 1971 (Publicación especial número 17 de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala).

<sup>97</sup> VRP, “Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico”, en *Ensayos históricos*, *loc. Cit.*, p. 248.

<sup>98</sup> *Ibid.*, p. 250.

afirmar que Riva escribe con una influencia considerable del positivismo. Pero es preciso reconocer, también, que se apropia del positivismo de una manera muy peculiar y personalísima. En consecuencia, no es fácil clasificar el pensamiento de Riva, sobre todo si ponemos en la balanza el retrato que hace de esa “grande mujer” que fue Isabel la Católica en el México a través de los siglos y su ensayo sobre los estudios biográficos, a la vez un homenaje a Francisco Sosa.<sup>99</sup> Aceptamos, sin dificultad alguna, la evidente influencia que tiene Riva del positivismo, pero para comprender cabalmente a nuestro autor tenemos que marcar también la distancia que lo separa de los que podríamos llamar historiadores positivistas clásicos. El doctor Álvaro Matute ha estudiado este problema y con la autoridad que le dan sus detenidas meditaciones sobre la historiografía mexicana, afirma:

México a través de los siglos no es una obra positivista. Si bien me rindo ante la evidencia de las múltiples citas de Darwin y Spencer, una lectura cuidadosa de su texto -me refiero a El virreinato-, comparada con el de un típico positivista como Bulnes o Molina Enríquez, arroja una importante diferencia, consistente en que mientras Riva Palacio cita para apoyar sus ideas, los otros además conceptúan, elaboran metáforas y su estructura profunda es absolutamente positivista. En suma, no para eludir una definición, sino para decidir con justeza, Riva Palacio es un caso clásico de eclecticismo intelectual que lejos de menoscabarlo lo engrandece. Su impulso romántico vital trata de llegar a la madurez científicista en un interesante equilibrio. Si el lenguaje expresa, también disfraza. Lejos de la unidad lograda por Bulnes o Molina [Enríquez], Riva Palacio atenúa con su evolucionismo el impulso nacionalista romántico que lo sustenta.<sup>100</sup>

El ensayo sobre Hernán Cortés termina donde para muchos debiera comenzar, es decir el extremeño funda el ayuntamiento veracruzano y manda “quemar las naves”. Pero la intención de Riva no era relatar la historia del capitán español, sino

<sup>99</sup> Vid., *supra*, nota 5.

<sup>100</sup> Álvaro Matute, “Notas sobre la historiografía positivista mexicana”, en Secuencia, núm. 21, septiembre-diciembre de 1991, p. 57.

establecer el criterio con el cual debía estudiarse su actuación en la historia. Y tiene razón: una vez establecidos los principios teóricos y metodológicos del análisis, es decir, la luz bajo la cual debía comprenderse al personaje, la interpretación prácticamente terminada; los datos sólo servirían para dar forma al relato que expresaría la interpretación ya existente, es decir previamente elaborada.

La obra que comentamos está formada por un preámbulo y cinco partes. En el preámbulo se establecen ciertos principios generales que caracterizan el estudio de la historia a finales del siglo XIX, si quiere aspirar al estatuto de ciencia; se trata de una disciplina compleja que debe considerar muchos factores, a la vez que ya no basta que esté bien escrita. En la primera parte analiza los diversos tipos de “preocupaciones” que influyen en el juicio que se forma el historiador; en el caso de Cortés debido a ellas se tienen esas contrastadas visiones que lo hacen un héroe o un monstruo. En la segunda parte analiza la aparente contradicción que encierra la expresión “derecho de conquista”, que en realidad -dirá Riva- no es tal, y para demostrarlo aplica una suerte de darwinismo social. En la tercera parte comienza a analizar la mentalidad que dominaba conquistadores que se habían instalado en las antillas. En la parte cuarta examina la esclavitud de los indios y el origen de esa práctica, lo mismo que el espíritu levantisco de los conquistadores, todo lo cual influyó en la formación moral de Cortés. En la quinta parte, finalmente, analiza la situación en que se hallaba Cortés al iniciar la conquista pero, como hemos dicho, termina la narración tan pronto como se funda la villa y el ayuntamiento de Veracruz.

Este texto de Riva, aun si nunca llegó a hacerse público, nos parece de la mayor importancia pues aborda puntos de teoría fundamentales, y también es interesante pues

lo escribe después de la experiencia del México a través de los siglos. Por ello lo analizaremos con cierto detalle, esperamos se nos disculpe; ofrecemos a cambio cuestionamientos históricos que no han perdido su actualidad.

En el preámbulo el autor indica que su objetivo es formar un criterio histórico y filosófico para juzgar a Hernán Cortés, quien a veces a sido visto “con las colosales proporciones de un héroe y otras con el odioso aspecto de un ser monstruoso”.<sup>101</sup> A esto le sigue un párrafo rico en teoría, que a continuación copiamos:

Extrañamente fecundo y verdaderamente trascendental considero el estudio de esta cuestión, no porque de ella sea objeto la personalidad del afortunado aventurero español, pues como he tenido la honra de manifestar al Liceo hace poco tiempo, al dar lectura al último capítulo de mi historia de la dominación española en México, no soy en sociología partidario de “la teoría del grande hombre”, ni creo que las evoluciones sociales se determinan por la influencia de un personaje, ni admito que el momento histórico dependa de circunstancias y ocasiones actuales, sino que todos los grandes movimientos son el resultado de lentas pero constantes preparaciones que acumulándose fatal e irremisiblemente, llegan a determinar la manifestación aparente del fenómeno histórico o social que tiene como representante a un hombre, llámese Mahoma o Lutero, Alejandro Magno o César, Washington o Hidalgo, Bolívar o Napoleón I...<sup>102</sup>

Si, como dice el texto, hace poco leyó Riva las conclusiones de su tomo del México... ante el Liceo, este ensayo sobre Cortés bien puede considerarse el corolario de su obra magna. Y lo primero que establece es que la historia es un proceso, es decir que no depende de causas actuales sino de lentas preparaciones que se acumulan “fatal e irremisiblemente”, o sea que el proceso no puede detenerse ni, podemos inferir, desviarse de manera fundamental, ni siquiera por la acción de los más grandes hombres de la

<sup>101</sup> VRP, “Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico”, loc. Cit., p. 248.

<sup>102</sup> Ibid. Subrayado nuestro.

historia.<sup>103</sup> Todo esto lo dice Riva en relación a la “teoría del grande hombre” y los antecedentes no permiten, sin embargo, concluir que la acción de los hombres no cuenta en la historia; diríamos que los hombres, aun los “grandes”, están en una situación parecida a quien se hallara en un tren en movimiento, es decir que hay una inercia -en nuestro caso histórica- sumamente fuerte y el tren además corre sobre vías previamente tendidas, de tal modo que el conductor casi no puede hacer otra cosa que modular velocidad, lo cual, por cierto, no es poca cosa.

Una marca del altísimo nivel de Riva como historiador la ofrece cuando los diversos asuntos que es preciso estudiar para juzgar a Cortés y subraya que se debe comparar la situación del siglo XVI con la de su propia época, el siglo XIX; es decir que debe establecerse un diálogo entre el presente y el pasado:

Pero entraña el asunto histórico y filosófico de que hoy nos ocupamos, el estudio de las diversas fases que presentan la religión, la moral, el derecho internacional y el privado, las ciencias, la literatura, el arte de la guerra en los siglos XVI y XIX, porque de la justa y

---

<sup>103</sup> En un texto anterior, que data de 1882, Riva había escrito: “a nuestro turno ponemos también este dilema: o la evolución social tiene que verificarse precisa e indispensablemente, indefectible en tiempo y en modo, o está sujeta a la eventualidad de todos los acontecimientos sociales y es susceptible de variar en tiempo y forma, y de ser o no ser. Si lo primero, entonces tendremos ya el fatalismo árabe, el ‘estaba escrito’, y por consecuencia el destino manifiesto, la falta de libertad naciendo del conjunto libertades; el libre albedrío de las unidades engendrando una entidad arrastrada ciegamente por el destino, como los personajes de Esquilo...” Véase VRP, “Francisco Sosa”, en Los Ceros (prólogo de José Ortiz Monasterio), Promexa, México, 1979, p. 313-314. Al parecer Riva ha cambiado en este punto de postura, se ha tomado más determinista. Pero conviene recordar que los “Ceros” fueron artículos publicados en el periódico La República y destinados a una amplia divulgación; además había una polémica intensa con el periódico La Libertad, en el cual escribía Justo Sierra, que defendía la filosofía positivista. Apenas cuatro años después, con don Porfirio Díaz de nuevo en el poder, la correlación de fuerzas había cambiado considerablemente y el positivismo triunfante no tenía rival de consideración. Es importante tener en cuenta la de un género historiográfico a otro y, al aceptar que Riva se vio más y más influido por el positivismo, recordar que en muchos puntos el difiere de muchos positivistas más ortodoxos.

rigurosa comparación de esas dos épocas debe sólo brotar la luz a la que debe examinarse el cuadro...<sup>104</sup>

El trabajo que el lector tiene en sus manos debe considerar no dos sino tres épocas: el siglo XVI de Cortés, el siglo XIX de Riva y el momento en que nosotros escribimos estas líneas; ignorar la distancia que nos separa de los dos primeros momentos sería una falsificación.

No deja Riva de advertir las dificultades que enfrenta su propósito, y de nuevo había en términos jurídicos; ahora dice “fallo”, antes dijo “juicio”. En efecto, un trabajo biográfico podrá parecer a algunos tarea fácil mas para:

Lanzar un fallo severo, imparcial, razonado y digno de la época científica que hoy alcanza la humanidad, los escollos aparecen enormes, engañosa la ruta y débil el brazo que empuña el timón.<sup>105</sup>

Y hablando en lo general la historia es un saber especializado y difícilísimo:

Por eso tan difícil va haciéndose ya el papel del historiador, que necesita en nuestra época, más que en ninguna otra, extensos y variados conocimientos en todas las ciencias, pues todas ellas llegan a enlazarse para mostrar los diferentes factores que han producido el nacimiento, el desarrollo, las desgracias, las glorias y la desaparición de las razas, de los pueblos y de las nacionalidades; y en vano pretenderá llamarse historia la narración de los acontecimientos de un pueblo, si no va acompañado del concienzudo estudio de las evoluciones antropológicas, morales, religiosas y políticas de ese pueblo, ni fruto alguno sacará de ella la ciencia por más que la engalane la gallardía del bien decir, la belleza de las figuras retóricas, la exactitud de las fechas y el interés de los acontecimientos que se relatan.<sup>106</sup>

Puede parecer excesivo lo que pide Riva al historiador, pero sucede que no está hablando de cualquier autor de un libro de historia patria, él dibuja el perfil del historiador científico y también, tal vez, de un tipo de historiador que no abunda en este país: el autor de historias generales. En cuanto a la historia como rama de la literatura,

<sup>104</sup> VRP, “Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico”, *loc. Cit.*, p. 248.

<sup>105</sup> *Ibid.*, p. 249.

<sup>106</sup> *Ibid.*, p. 249.

según la antigua tradición, ya no le parece bastante; el “bien decir” y “la retórica” no conducen a la ciencia. Pero la mera “exactitud de las fechas” tampoco es suficiente. Obviamente Riva no propone prescindir de las fechas, ni tampoco producir textos aburridos; él clama contra los que creen que basta con cumplir con alguno de esos puntos para ser historiadores científicos. Es interesante: para Riva lo fundamental no está ni en la literatura ni en el empirismo, todo el objeto de su ensayo sobre Cortés es descubrir bajo qué luz debe juzgarse al hombre y su obra, es decir que lo verdaderamente característico del historiador científico es su arsenal hermenéutico, es decir su habilidad para la interpretación pero siempre con bases científicas.<sup>107</sup> Y todo lo mencionado, por si aun es insuficiente:

Y es porque se realiza en nuestros días una evolución científica: la filosofía metafísica, después de haber sustituido a la escuela teológica, cede el campo a la ciencia positiva, en cuyo período entra ya resueltamente la humanidad. La historia, que no podía quedar fuera de ese movimiento, toma un nuevo aspecto tomando como base, no los razonamientos a priori ni los sistemas preconcebidos, no el conocimiento de hechos sin más dependencia entre ellos que la cronológica, sino las relaciones que necesariamente enlazan entre sí a todos esos acontecimientos y que los determinan, que los convierten de cifras aisladas en antecedentes y consiguientes de profundo y exacto raciocinio, en causas y efectos de un gran proceso sociológico, en factores de un complejo producto, en letras de un alfabeto misterioso, que sólo tiene valor y significación cuando se agrupan ordenada y oportunamente y forman la frase en que puede leerse la vida de una nación o de una raza.<sup>108</sup>

Al parecer Riva concibe una ciencia histórica que deja poco al azar pues había de “relaciones que necesariamente enlazan entre sí a todos esos acontecimientos y determinan”, a la vez que promete que con “exacto raciocinio” se conocerán las causas y

---

<sup>107</sup> En Ibid., p. 250 insistirá que la exactitud y la multiplicación de los pormenores no bastan al historiador científico.

<sup>108</sup> Ibid.

los efectos del “gran proceso sociológico”. En cuanto a la periodización positivista de la historia es notable lo bien y fácilmente que se aplicaba a las tres grandes épocas de México: la prehispánica (teológica), la colonial (metafísica) y la independiente (científica -sobre todo el último tercio del siglo). También quedó como anillo al dedo que el famoso discurso de Gabino Barreda, que inaugura el positivismo, se produjera en el año de 1867, el más cargado de significación histórica desde 1821: fue el año del triunfo de la república y el fin del monarquismo. El positivismo, sobre todo desde el punto de vista del Estado, tenía una gran ventaja adicional: señalaba su propia época -la positiva- como el destino final de la humanidad, no habría ya más revoluciones. Lo mismo han dicho en años recientes los postmodernistas: “on est déjà là”, es decir que, propiamente, ya no hay futuro, sólo un presente que se recicla, y, si en todo el continente africano hay sólo 30,000 estaciones de Internet (de las cuales 28,000 están en Sudáfrica), pues qué lástima.

Al evaluar el pensamiento “científico” de Riva es preciso situarlo en su propia época e iluminarlo con la luz que le es propia, pues en la Grecia antigua ya se hablaba de la separación del mito y la razón a la vez que, en nuestros tiempos, vulgarmente la voz “científico” es equivalente perfecto de lo verdadero, lo claro y distinto a que aludía Descartes; la historia de la ciencia, constituida por aciertos y errores, no avala la confiada actitud de nuestros tiempos, como tampoco los científicos más serios avalarían sin reservas la equivalencia antes dicha, pero en la práctica social funciona así.

No cabe duda que Riva y su generación hicieron muchos esfuerzos para procurar el avance de la ciencia (piénsese en el Instituto Médico Nacional y otras instituciones científicas fundadas durante el Porfiriato), a la vez que intentaron aplicar, al menos en parte, los criterios de las ciencias naturales para el estudio de las sociedades. En la “Introducción al curso de historia universal”, texto que ya hemos analizado en este mismo capítulo, Riva establece las diferencias, considerables, entre el estudio de la

naturaleza y el del ser humano; pero eso no le impide, en su ensayo sobre Hernán Cortés recurrir a modelos tomados de la biología.<sup>109</sup> Riva escribe unos veinte años antes de que Einstein publicara sus primeros trabajos sobre la teoría de la relatividad (1905); sin embargo esta proximidad temporal puede ser engañosa pues Riva todavía quebrará una lanza a favor de la libertad de pensamiento y de una visión secularizada de la realidad social (ideas que, cuando menos, pueden rastrearse hasta el protestantismo del siglo XVI). Por ello declarará en el ensayo que comentamos que la historia ya no debe ser vista como la fatalidad de la Providencia, ni tampoco debe considerarse a los grandes hombres como el instrumento de la divinidad “encargados de una misión sobrenatural”.<sup>110</sup> En cambio Riva propone un enfoque científico, pero uno que se interesa en el estudio individuo:

Los datos para la resolución del problema se buscan en los luminosos archivos de la ciencia, y el hombre, elemento fundamental, unidad científica de ese plexus, estudia cuidadosamente su organismo y

---

<sup>109</sup> Un buen científico, digamos un matemático, no tendría mucha dificultad en aceptar que los modelos funcionan como metáforas, en el sentido de que no son el fenómeno mismo sino algo que se le asemeja. Por otro lado los modelos más simples se han reciclado y reutilizado con mucho provecho: Aristóteles estableció el ciclo binario (evaporación y precipitación) de la lluvia, el cual es mencionado en el siglo XVII expresamente por Harvey en su ensayo *De motu cordis* donde explica el modelo binario (sangre venosa y sangre arterial) de la circulación de la sangre; vino en el siglo XVIII Quesnay, médico familiarizado con la fisiología de Harvey, sobre todo a través de la riqueza de Boerhaave, e “inventó” el *Tableau économique* donde aplica un modelo binario (gastos productivos y gastos improductivos) para comprender la circulación de la riqueza en una sociedad dada; y en el siglo XX Leontief retomó la idea binaria de Quesnay para formular el modelo económico de insumo-producto (input-output) para medir y regular el crecimiento de la economía. No todo lo que dijeron estos grandes científicos fue verdad: Quesnay, por ejemplo, desestimó a la industria pues, a sus ojos, no generaba nuevo valor. Pero cada uno de ellos marca un gran avance en la comprensión del mundo natural y el mundo social. En el ámbito de la filosofía Hegel utilizó un modelo binario: tesis-antítesis pues el tercer elemento, en este caso la síntesis, es una derivación de cualquier modelo binario. Incluso la religión mexicana presenta dos dioses principales: Tláloc y Huitzilopochtli, que a su vez generan un tercero que es Ometéotl, síntesis y representación de la dualidad.

<sup>110</sup> VRP, “Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico”, *loc. Cit.*, p. 250.

examina con profunda atención los caracteres estructurales y funcionales porque la moderna cultura dice como Claudio Bernard: 'la fisiología del hombre debe preceder a la historia de las razas humanas y sólo ella la puede explicar'.<sup>111</sup>

Es interesante que Riva inicie la frase anterior planteando un "problema", pues si nunca hay garantía de alcanzar el verdadero nivel científico no hay duda de que un requisito indispensable es comenzar haciendo una pregunta; la información documental no ofrecerá más que datos empíricos sin mayor sentido si no tenemos idea de lo que estamos buscando, la ordenación cronológica de los datos tampoco garantiza una verdadera explicación.

En cuanto a la visión organicista de lo social es algo que ha penetrado profundamente al estudio de la historia, así Cosío Villegas divide los tomos de su Historia moderna de México en "vidas": vida política, vida económica y vida social. Y esto ya nos suena muy natural y casi hemos olvidado que son metáforas organicistas. En cuanto al método inductivo que propone Claudio Bernard -ir de lo particular a lo general- Riva, nos parece, que muestra aquí su experiencia pues los problemas complejos primero tienen que analizarse -es decir, dividirse- en porciones manejables. Incluso cuando dirige la historia general que llamamos México a través de los siglos, como veremos, no abarca toda la historia sino que se concentra en los fragmentos mejor documentados y más significativos, para él. Aunque es cierto que el oficio del historiador consiste en parte en hacer creer en una plenitud, en una revisión completa del problema, que no siempre se da. En este trabajo utilizamos de manera muy consciente la técnica del fragmento,<sup>112</sup> pues

---

<sup>111</sup> Ibid., p. 250-251.

<sup>112</sup> La buena crítica literaria también recomienda la técnica del análisis de fragmentos. Véase Erich Auerbach, Mimesis: la representación de la realidad en la literatura occidental (traducción de I. Villanueva y E. Imaz), Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

sería absurdo que citáramos toda la obra historiográfica de Riva, es decir que elegimos lo que nos parece más significativo, a la luz de nuestros intereses, pero por supuesto que primero revisamos toda la obra de Riva, publicada e inédita. Y como no dudamos un momento que mañana o pasado mañana se descubrirá algún texto desconocido de Riva; si hubiéramos seguido la estrategia de querer abarcarlo todo, si nuestro éxito consistiera en saber todo, con el nuevo descubrimiento nuestro trabajo sería, por decir lo menos, incompleto. Pero si optamos por el análisis fino de fragmentos representativos y significativos difícilmente nuestros resultados se verán alterados en lo fundamenta es comprender y no comprender. Sin embargo nuevas lecturas de Riva son muy necesarias.

Por otra parte el método inductivo no debe limitarse a los llamados estudios de caso; una buena monografía, además de tener pertinencia con respecto al trabajo de otros autores, debe cuestionar las ideas generales que se tienen sobre el campo en cuestión, es decir que debe intentarse minar el paradigma existente para construir otro más perfecto con mayor poder explicativo. Algunos escriben libros y hasta los publican, en los cuales aplican –deductivamente– las ideas de tales o cuales autoridades, y jamás cruza por su mente la posibilidad de expresar sus ideas personales. Estas investigaciones, que jamás pretenden llegar a ninguna parte, consiguen su objetivo.

Ya cerca del final de su preámbulo Riva presenta el contraste de lo que puede decir un poeta para pintar a una locomotora en marcha, al cual le bastarían unas cuantas pinceladas, con respecto a todo lo que sobre ese medio de transporte podría de ingeniero:

El poeta y el orador para pintar una locomotora en marcha necesitan apenas unos cuantos rasgos de su elocuencia poderosa, y la

imaginación de sus oyentes despertando rápidamente, extendería el mágico cuadro representando la gigantesca serpiente de hierro que cruza la tendida llanura con rapidez vertiginosa ostentando su fantástico penacho de humo... [pero el ingeniero tendría que explicar, entre muchas otras cosas] ...la fuerza latente almacenada en el combustible, los cálculos del desarrollo de esa fuerza y de las cantidades aprovechadas y perdidas, los coeficientes correccionales, las probabilidades de la deformación por usura... tendría necesidad [en fin] de escribir un grueso volumen en folio...<sup>113</sup>

Aquí Riva aprovecha para lucirse un poco pues, como ha sido ministro de fomento, puede impresionarnos con sus conocimientos sobre el símbolo por antonomasia del progreso decimonónico: el ferrocarril. No estamos seguros de que en esta frase Riva pretenda decir que las explicaciones de la ciencia son superiores a las de la literatura; lo principal que dice es que al poeta le bastan unos cuantos “rasgos” y al ingeniero, en cambio, le hacen falta conocer muy diversos factores mecánicos, físicos, de resistencia de materiales, etcétera. Pero el símil resultado forzado pues el poeta y el ingeniero buscan cosas diferentes, hacen preguntas distintas: el poeta busca “pintar una locomotora en marcha”, en cambio el ingeniero -dice Riva- “pretende describir esa misma máquina, referir la historia de su origen, de su construcción, de las reformas que ha sufrido, las partes de [que] consta...”,<sup>114</sup> etcétera. La verdadera razón por la cual Riva presenta esta comparación es que quiere decirnos: yo podría pintar con breves trazos el retrato del conquistador, porque soy poeta y sé hacerlo; pero mi objetivo es otro, emprender el estudio histórico y filosófico de Cortés:

Cuya vida se enlaza íntimamente con un gran acontecimiento y es tanto más fácil que [el historiador] extravíe su camino cuanto que la menor alucinación o la ilusión menos apercibida pueden, falseando su criterio, obligarle a construir pesado y trabajoso edificio sobre cimientos deleznable y movedizo.<sup>115</sup>

<sup>113</sup> VRP, “Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico”, loc. Cit., p. 251.

<sup>114</sup> Ibid.

<sup>115</sup> Ibid., p. 252.

Con estas precauciones Riva pone fin a su preámbulo.

En la sección primera Riva mencionará poco a Cortés; recordemos que su asunto es establecer el criterio histórico y filosófico para juzgar al conquistador. Y lo que plantea en primer lugar es que en historia, pero no sólo en historia, la posición del observador juega un papel muy importante:

Decisiva influencia tienen en la resolución de un problema las actitudes o las preocupaciones<sup>116</sup> del observador que antes que otro dato, deben tomarse en consideración cuidadosamente.<sup>117</sup>

Ahora que, nos asegura Riva, el lugar del observador también debe tenerse en cuenta en la observación de muchos fenómenos científicos y es por ello que instrumentos tales como aneroides, magnetómetros o barómetros deben ajustarse y calibrarse según el lugar, la altitud y el clima. En seguida Riva se refiere a la llamada “ecuación personal” término que ya hemos leído en Justo Sierra cuando se refiere al general Díaz, pero al parecer el escritor campechano habla metafóricamente, en tanto que Riva se refiere a su acepción original:

El hombre es el instrumento científico más complejo sujeto a error que se conoce, y por eso la astronomía, antes que las ciencias, estableció la ecuación personal, es decir la corrección del diferente período de tiempo que cada observador necesita para que la sensación producida por el momento del paso de un astro por el meridiano llegue hasta el cerebro y la orden que de allí parte para dar la voz de aviso al calculador, llegue hasta los órganos vocales y haga producir el sonido.<sup>118</sup>

---

<sup>116</sup> Riva utiliza en este ensayo y otros escritos la voz “preocupación” en la tercera acepción que da el Diccionario de la lengua española, ahora en desuso, a saber “ofuscación del entendimiento causada por pasión, por error de los sentidos, por educación o por el ejemplo de aquellos con quienes tratamos”.

<sup>117</sup> VRP, “Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico”, loc. Cit., p. 252.

<sup>118</sup> Ibid., p. 253.

Aquí Riva ya no se muestra organicista sino, propiamente, mecanicista: el hombre como máquina, como mecanismo, como “instrumento científico” y, al quedar el sujeto acotado dentro del campo de la ciencia, en principio puede pensarse que se puede corregir la desviación que el observador introduce, del mismo modo que otros instrumentos científicos pueden ser calibrados. En cuanto a la idea del hombre como mecanismo no es nueva, ya en el siglo XVIII Lamettrie, el filósofo francés desarrolló el concepto en su obra El hombre máquina (1747) y sin duda es legítimo considerar que el ser humano es una máquina de combustión de oxígeno que, poco a poco, se consume; pero sospechamos que los seres humanos son eso, y algo más. Por lo que toca al concepto de “ecuación personal” es muy útil para distinguir la distancia que nos separa de Riva y de Sierra, quienes a veces nos parecen muy cercanos, pero en realidad siempre están a un siglo de distancia; y es dable suponer que dentro de cien años muchos conceptos de nuestra ciencia resultarán exóticos y aun estafalarios. También debemos cuidarnos de cometer el anacronismo de decir, por ejemplo, que la insistencia de Riva en el papel del observador viene a ser algo muy parecido -si no es que lo mismo- que, digamos, el concepto de “lugar social” de Michel de Certau. Este tipo de apreciaciones a menudo se hacen para agrandar el papel de hombres que no necesitan esta ayuda ahistórica; así le sucede al padre Sahagún cuando se asegura que su método para recabar informes anticipa ya el de los antropólogos del siglo XX, siendo que obviamente era un fraile inteligente y curioso del siglo XVI, por lo cual su trabajo resulta mucho más meritorio.

Las “preocupaciones” o dificultades subjetivas iniciales que se presentan en los estudios históricos pueden ser, según Riva, de varios tipos: “la de escuela, el patriotismo,

la pasión política, el fanatismo religioso y las resoluciones preconcebidas”.<sup>119</sup> En seguida detalla cada una de ellas, comenzando por la educación:

Las preocupaciones de educación existen, o adquiridas durante los primeros años de la existencia o recibidas en la organización cerebral por herencia de nuestros antepasados, que por enseñanza las tuvieron y las transmitieron a sus descendientes, hasta que aquella tradición se convirtió en un modo especial de sentir y en extravío orgánico del cerebro; sólo así pueden explicarse esos antagonismos instintivos de razas que tienen tan comunes y claras manifestaciones en los animales, esos odios hereditarios de que tantos ejemplos nos da la historia, sobre todo en Italia, y esos caracteres rencorosos y vengativos que cada día encontramos en el trato social. El criterio se extravía en casos semejantes por la idea preconcebida.<sup>120</sup>

La idea de que preocupaciones adquiridas en la temprana educación pueden llegar a implantarse orgánicamente en el cerebro resulta, a nuestros ojos, una hipótesis no muy fuerte. Aquí es clara la influencia del darwinismo que, en principio, ha aportado mucho a la biología; pero con Riva metido a científico es preciso tener cuidado pues no pocas veces de principios verdaderos deduce conclusiones erróneas. Así, para que una especie de vertebrados presente una mutación que persista y se convierta en características de esa especie tienen que pasar miles de años. Una manera -indirecta- de demostrar esto es recordando el drama famoso de Romeo y Julieta, quienes se aman a pesar del odio que se tienen mutuamente sus familias; del mismo modo un checheno y un ruso, o un musulmán y un judío, que fueran criados juntos se mirarían como hermanos, muy a pesar de sus genes. Aquí de nuevo es preciso considerar que, hace cien años, todo lo relativo a las razas era visto con “preocupación” y mil veces se ha querido demostrar la superioridad de una raza sobre otras. El ejemplo de Romeo y Julieta también viene a propósito de lo que Riva dice de los “odios hereditarios” que, especialmente en Italia, ha

---

<sup>119</sup> Ibid., p. 253.

<sup>120</sup> Ibid., p. 253-254.

conocido la historia, y no extraña que, como ya hemos señalado. Riva en unión de Juan A. Mateos haya escrito un drama titulado “Odio hereditario”.<sup>121</sup> Esta obra es sin duda una metáfora de los odios, muy profundos en la época de la Reforma, que se tenían liberales y conservadores, pero dudamos que Riva pensara que dichos odios se habían convertido en un “extravío orgánico del cerebro” pues ¿qué sentido tendría escribir el México a través de los siglos si ya hasta la organización cerebral estaba predispuesta y, en consecuencia, la versión liberal de la magna obra no tendría ningún influjo?

En cuanto a las preocupaciones surgidas de la educación dice Riva:

No con tan ruda expresión ni con manifestación tan grosera, pero sí conservando siempre su influencia, la educación es una de las causas de perturbación del criterio histórico y filosófico, haciéndonos muchas veces estudiar un punto con la preconcebida idea de encontrar, no lo que realmente existe, sino lo que nuestra educación nos ha hecho mirar como verdadero y como justo.<sup>122</sup>

Hasta aquí Riva ha mostrado los errados juicios que pueden producir las “preocupaciones”, pero el único antídoto que ha ofrecido es tener conciencia de ellas. Y, es preciso recordarlo, el autor no ha dicho que él esté por encima de dichas “preocupaciones” y lo que dice sobre el patriotismo apunta propiamente a una mea culpa:

¿Y quién de nosotros no ha sentido repetidas veces dentro de sí mismo la influencia perturbatoria de las preocupaciones patrióticas o de partido político? ¿Quién no ha estado dispuesto a conceder la razón a su país en cualquier cuestión internacional, por más que esa razón no exista? ¿Quién no se ha sentido siempre impulsado a sostener a su partido o a su correligionario, y ver con prevención al que sigue opuestas banderas, aunque tenga después necesidad de pensar a sus solas que aquello no era conforme a la verdad y a la justicia?<sup>123</sup>

De acuerdo con lo que señala aquí Riva ¿quién puede, de veras, tirar la primera piedra? Porque precisamente los países más desarrollados, añade el autor, en aquella

<sup>121</sup> Véase en este mismo capítulo la nota 81.

<sup>122</sup> Ibid., p. 254.

<sup>123</sup> Ibid., p. 254-255.

época -Francia, España, Inglaterra, Alemania- en cuestión de patriotismo son excesivos como lo son también en su autovaloración. La preocupación patriótica no conoce límites y sale de todo pensamiento razonable:

Pero el patriotismo y el espíritu de partido, tomados como causa de perturbación en el criterio histórico y filosófico, produce extrañas aberraciones, y entre ellas, [la] más notable [es] la que nos induce a censurar a ajena parcialidad al mismo tiempo que reprobamos la imparcialidad en nuestros correligionarios, tachando a los primeros el negar toda virtud a sus adversarios, y reprochando a los segundos no seguir el mismo sistema de apreciaciones.<sup>124</sup>

Para ser más claros: asevera Riva que se censura al adversario por falta de imparcialidad, pero si un correligionario intenta ser imparcial -es decir, autocrítico- se le censura también, pero ahora por falta de patriotismo o de fidelidad al partido. Como hemos dicho en otros trabajos prácticamente toda la obra de Riva es un ejemplo de la visión ilustrada del partido liberal, de modo que cuando toca aquí la cuestión de patriotismo y el partido político, viene a ser la confesión de esa preocupación en su obra. Y esto es posible en primer lugar por el género que ha elegido -un ensayo dirigido a los sabios del Liceo Hidalgo, que tal vez jamás leyó- para un público muy restringido y cuyo asunto fundamental es la teoría de la historia que mejor puede servir para juzgar (comprender es un concepto más moderno) a Hernán Cortés. En otro texto de Riva, también cargado de teoría,<sup>125</sup> ciertas lecciones a oficiales del ejército, el autor confesará lo que no todos se atreven a decir: “no hay cosa más dudosa que la historia ni que se preste más a las interpretaciones”,<sup>126</sup> y poco más adelante insta a sus alumnos a perderla

---

<sup>124</sup> *Ibid.*, p. 255.

<sup>125</sup> VRP, “Introducción al curso de historia universal”, *loc. Cit.*

<sup>126</sup> *Ibid.*, p. 95-96.

el “respeto a la historia”.<sup>127</sup> En opinión nuestra esta postura crítica de Riva es un ensayo de la calidad de su obra y de su capacidad para pensar por sí mismo. Entre los historiadores de nuestros días tal vez habría diversidad de opiniones sobre este punto, los más vinculados al Estado tendrían más necesidad de hacer creer que hablan siempre con verdad y el error sólo se admitiría como algo superado: “ahora sabemos”, suele ser el inicio de sus enunciados. Los historiadores más interesados en la teoría de la historia tal vez estarían de acuerdo con Riva, pero señalando que, para no caer en el pirronismo, debe aceptarse que hay una inteligibilidad progresiva del saber histórico, lo cual Riva expresó, en las mismas lecciones antes citadas, en estos términos: “Creo que hay una historia verdadera, es decir que, en medio de este tejido de narraciones que nos llegan día a día por medio de la tradición, hay un hilo de verdades que viene atravesando los siglos y que llega perfectamente hasta nosotros”.<sup>128</sup> Todavía debería considerarse una variante más: la de los historiadores que -como Riva- son polígrafos y cultivan diversos géneros literarios e historiográficos; ellos saben que el género determina el público que conocerá el texto y, por ello adaptan la divulgación del saber histórico a ese público específico. Es un hecho bien conocido que el aparato gubernamental mexicano es, según la evaluación de organismos internacionales, uno de los más corruptos del mundo y las consecuencias de ello son sumamente graves. Pero no creemos que nadie, en su sano juicio, recomendaría que este “hecho” se incluyera en los libros de texto obligatorios de historia. ¿Estáramos ocultando la verdad? Ciertamente, la omisión es una manera de ocultar la verdad. Pero es más importante para la enseñanza de la historia a nivel elemental que los alumnos tengan una visión positiva de su historia y, sobre todo, evitar que esta materia les disguste.

---

<sup>127</sup> *Ibid.* 96.

<sup>128</sup> *Ibid.*

Tampoco a los alumnos que ingresan a la licenciatura en historia, ya adultos, se les puede plantear de golpe las versiones más críticas de la historiografía pues difícilmente la asimilarían; la experiencia de muchas páginas de escritura de la historia, la docencia, la edad y la conciencia de su ser en el mundo son indispensables para que el historiador alcance a conocer las obras más decantadas del conocimiento histórico. El texto de Riva que venimos comentando, estaba dirigido a ese reducido público de expertos.

Resulta notable que Riva sea tan escueto al referirse a la preocupación religiosa, siendo que fue ésta el mayor obstáculo que encontró la Reforma en general particular la obra historiográfica del autor, sobre todo si incluimos en ella sus novelas históricas. De hecho su comentario tiene un fuerte sabor autobiográfico:

La preocupación religiosa, la más exaltada de todas, invade por completo el campo, pues a tanto llega en ella el poder que, como fuente histórica se tiene por de corrompidas y venenosas aguas, la que no lleve el sello de la ortodoxia; siendo motivo de duda cuando no de absoluta reprobación, no el hecho referido ni la reflexión nacida de él, sino la pluma o la boca de donde ha brotado, anticipándose la condenación al conocimiento del proceso, no más por la noticia del nombre o de antecedentes de un autor.<sup>129</sup>

Es claro que para los últimos meses de 1885 -o poco después- en que Riva escribe este ensayo, la guerra de Reforma era un proceso consumado y no venía al caso, una actitud de combate frente a la Iglesia, pero aun quedaba vivo en el recuerdo el furor de muchos religiosos que, en su desesperación, tomaron medidas extremas y espectaculares. Un antiguo subalterno años atrás le había escrito a Riva desde Ixtlahuaca:

Mi general: Escribo a usted bajo la dolorosa influencia que produce en mi corazón la noticia que en este instante acabo de recibir referente a que en el pueblo de San Felipe del Obraje, municipalidad perteneciente a este distrito, existen unos misioneros que han tenido la audacia de extraer de sus dueños todos los ejemplares de Martín

---

<sup>129</sup> VRP, "Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico", loc. Cit., p. 255-256.

Garatuza, Monja y casada, y Piratas del Golfo, los que han quemado excomulgando a los que los leyesen.

Tales hechos, dignos por cierto de un ejemplar castigo, han conmovido mi corazón, obligándole a dar a usted esta noticia para que si quisiese escribir algo, me lo remita con objeto de circularlo en San Felipe a fin de que las afrentosas calumnias que acaso manchen el nombre de usted terminen y los frailes misioneros sepan que hay quien proteste contra las narraciones de sus viperinas lenguas [...]

El presente aviso no tiene más objeto que utilizar la ocasión que se presenta, para neutralizar de alguna manera el veneno que los famélicos sicarios del cristianismo infiltran en el débil corazón de la gente imbécil y preocupada.

Soy de usted mi general su afectísimo servidor que besa su mano

Manuel Oropesal<sup>130</sup>

[rúbrica]

Esta carta explica perfectamente cómo era la gente “preocupada” en su versión religiosa y campirana. Aquí se ve lo que quiso decir don Luis González y González cuando dijo que los mexicanos de esta época eran católicos pero de los tiempos de Pedro el Ermitaño. Los impresos, invento de Gutenberg, símbolo de la moderna ilustración, son echados al fuego (que es también una alegoría de la purificación) para restaurar la ortodoxia. Como se ve, la guerra de Reforma no sólo se libró en los campos de batalla sino casa por casa, púlpito tras púlpito.

En seguida Riva concluye rápidamente y en los términos más “científicos” que pensar se pudieran. Ya en aquellos tiempos se recurría a una jerga especializada que en parte aspiraba a alcanzar una mayor precisión en el lenguaje, pero a la vez separaba a los iniciados de los villamelones:

Todas estas preocupaciones capitales, que psicológicamente deben considerarse como una asociación de ideas persistente y enérgica, y fisiológicamente como excitaciones simultáneas, simpáticas

<sup>130</sup> Utx-A, AVRP, carta de Manuel Oropesa a VRP, Ixtlahuaca, junio 6 de 1869, fólder, 183, doc. 540.

en el cerebro, se combinan para interponer su sombra, al tratarse de un juicio crítico que por objeto tenga la personalidad de Cortés...<sup>131</sup>

Nombrar es cautivar, conquistar. La obra iniciada por Linneo, para clasificar a los seres vivos según la fórmula binaria de género y especie, nos da cierta sensación de seguridad pues clasificar es ordenar y el aparente caos se esquematiza en compartimientos estancos, como los cajoncillos de un bargueño. Cada nueva especie clasificada se tiene por un avance de la ciencia, aunque en realidad lo único que ha ocurrido es un acto lingüístico, lo cual no es poca cosa, pero no es sino eso, un evento en el lenguaje; naturalmente, la invención de un lenguaje común a todos los científicos del mundo será gloria imperecedera de Linneo. Sin embargo en historia la jerga especializada presenta algunos problemas particulares. En primer término, como lo muestra el párrafo arriba citado de Riva, el lenguaje especializado viene con la moda y se va también con ella; de allí que el párrafo de referencia nos suene hoy tan exótico. Del mismo modo hablar de las “fuerzas productivas” y de la “plusvalía” actualmente resultaría anacrónico, y no porque alguien lo haya prohibido expresamente sino porque los tiempos cambian y también las modas en la nomenclatura. A la vez a menudo es indispensable utilizar términos técnicos y aun neologismos para describir con mayor exactitud algún fenómeno histórico, pero creemos que deben reducirse al mínimo pues el lenguaje llano ha bastado a los mejores historiadores de los últimos dos mil quinientos años, y esto es una ventaja potencial si se quiere multiplicar el número de los lectores. Comenzando por la averiguación de si la historia es una ciencia social o una rama de las humanidades, se ha construido una torre de Babel en la que habita la historia con muchas otras disciplinas vecinas que, sin haber conseguido establecer un lenguaje universal como el de Linneo

---

<sup>131</sup> VRP, “Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico”, loc. Cit., p. 256.

-auténtica lengua franca- encuentran que cada vez es más difícil dialogar entre un saber y otro, siendo con frecuencia la nomenclatura el mayor obstáculo pues se comparten principios epistemológicos muy similares. Unido a esto viene el imperialismo cultural de las grandes potencias que trae muchas cosas de interés pero, a veces, también planteamientos que de entrada descalifican a los países del Sur, es decir a los intelectuales de las naciones pobres.

Un concepto que Riva usa con frecuencia en toda su obra es el de “raza” pues entonces se consideraba que para que existiera una nación era preciso que hubiera cierta homogeneidad racial. Por ello resulta difícil entender las cuestiones raciales al modo como se consideraban en la época de Riva, y especialmente porque este autor -y no fue el único- contribuyó en gran medida a configurar el México mestizo que hoy nos muy parece aceptable, pero que hace cien años requirió de actos de prestidigitación conceptual para ganar consenso. En efecto, si se sigue con detalle la obra de Riva se puede comprobar que usa indistintamente los términos de mestizo y criollo para significar todos los nacidos en el país, con todo y que el barón de Humboldt y otros autores tienen otras definiciones, mucho más precisas, para estas categorías. Otros escritores hablan en términos más genéricos, pero probablemente más cercanos a la auténtica conciencia sociorracial de la época; así el doctor Mora, en 1836, dividirá a la población mexicana en dos grandes grupos: blancos y personas de tez oscura, que seguramente correspondía a la conciencia que los blancos -los criollos de Humboldt- tenían de su propia sociedad. Pero esta oposición mantenía una situación similar a la de los primeros tiempos de la conquista, en que se distinguían sin dificultad los españoles de los indios. El argumento de Riva -que documentará ampliamente en el México a través de los siglos- es que en los

trescientos años de dominación española se formó un pueblo nuevo, los mestizos, que bien podían reclamar como progenitores a los últimos reyes aztecas, como también a los capitanes españoles, pero que ya era un pueblo distinto de ambos, una nueva raza, dice Riva:

La raza que conquistó la independencia de México era una raza nueva sobre la tierra, que con el derecho que le daban sus poderosos elementos, conquistaba una patria, formaba una nación, y no era el anciano que toma tras largo cautiverio a ocupar sus puestos en el hogar de las naciones, sino el joven y vigoroso adolescente, que sacudiendo de grado o por fuerza la paternal tutela, se presenta apoderándose del puesto que le pertenece en la poderosa asamblea de los pueblos libres.<sup>132</sup>

Para Riva mestizaje quiere decir cruzamiento entre dos razas: la indígena y la española. Él sabía muy bien que en México había otras razas y, especialmente, una población negra no despreciable; en sus libros habla aquí y allá de los negros y sus actividades durante la Colonia. Por ello debemos atribuir a una “preocupación” de raza, por parte de Riva, el que no haya incluido el ingrediente africano en el gran perol del mestizaje. O tal vez sería más justo decir que él tuvo que someterse a esa “preocupación” racial de la sociedad de su época para que su narrativa histórica fuera aceptada, al menos por algunos sectores de la élite. En efecto, la reivindicación no digamos del indio sino siquiera del mestizo costó a los escritores de entonces un trabajo indecible, precisamente porque la “preocupación” racial atañía a algo fundamental: la identidad social y la conciencia de cada grupo en la sociedad, cuestiones que pertenecen a una esfera donde los cambios ocurren muy lentamente, y sólo el trabajo titánico de varias generaciones de “publicistas” poseedores de un talento poco común -desde la Academia de Letrán (1836) hasta la revista El Renacimiento- lograron hacer, si no prestigioso, al menos aceptable el

---

<sup>132</sup> Ibid.

modo de ser de los mexicanos, rompiendo incluso en algunos círculos el patrón que sobrevaloraba todo lo que venía de Europa y despreciaba lo nacional.

Todo esto iba a contrapelo con la jerarquía de valores morales y sociales de las élites mexicanas y de todas partes. Riva -temerario- llegó a formular la hipótesis de que el indígena americano, siguiendo los principios del señor Darwin, era la raza más evolucionada de todas (prueba de ello era, por ejemplo, la escasez de vello en el cuerpo que mostraba una mayor distancia de nuestros antepasados simios). Y Riva habló de esto públicamente, en España; la recepción fue gélida. Se podría decir que en estas investigaciones antropológicas Riva se vio dominado por la “preocupación” patriótica. Pero el gesto muy criollo -en boca de un mestizo- delata una alta consideración de las del país sin la cual, por decir algo, la intervención francesa hubiera sido mucho más difícil de combatir. A la vez es notable que aun hoy día nadie quiera creer en la superioridad racial de los indígenas, sin mediar ningún análisis científico se descarta la idea porque, socialmente, aún resulta absurda. Por otro lado la idea del México mestizo -que otros escritores antes y después de Riva han compartido- es la mejor opción política para un país multirracial, a la vez que los exámenes sanguíneos han revelado que incluso en las comunidades indígenas predomina el mestizaje. La contribución de Riva para hacer que el poder y el prestigio de una minoría criolla se democratizara, y el haber elegido al mestizo como el personaje central de la historia de México desde tiempos coloniales, es una bonita hazaña, por más que hasta la fecha la riqueza y la pobreza estén asociadas, con demasiada frecuencia, con el color de la piel.

Debemos insistir en que la opción mestiza de Riva fue resultado de un difícil proceso. A partir de la independencia -asegura el autor- se formaron dos partidos: el

monárquico y el republicano; para los primeros Cortés y los demás conquistadores “representaban el principio de legitimidad, el espíritu católico ortodoxo”,<sup>133</sup> y a pesar de ser mestizos veían en los españoles a sus ascendientes. Por contrarias razones los liberales republicanos, también mestizos “comenzaron a sentirse legítimos descendientes de los aztecas, de Cuauhtémoc y de Moctezuma, y para ellos Cortés y los conquistadores fueron la encarnación del espíritu de conquista, de la opresión, de la tiranía, de Inquisición, los perseguidores y los verdugos de los directos ascendientes de los mexicanos actuales y ni uno ni otro partido -enfatisa Riva- tomó en cuenta los antecedentes de la mezcla de las razas...”<sup>134</sup> Riva cierra la parte primera de su ensayo describiendo los encontrados juicios que sobre Cortés se expresaban en el siglo XIX:

Naturalmente la preocupación histórica se apoderó de los ánimos, y el juicio sobre Hernán Cortés participó del apasionado arrebató que con antecedentes tales debía producir cualquier discusión sobre este punto y que la educación en las escuelas y las tradiciones<sup>135</sup> en el hogar iban vistiendo cada día con más engañosos ropajes. Alamán, el historiador del partido monárquico, habla de Cortés, no como de un hombre famoso en la historia, sino como de un señor a cuya familia sirve, llegando a dar hasta el tratamiento de don al padre del conquistador, cuando este tratamiento en el siglo XVI sólo se obtenía por concesión real y Martín Cortés [de Monroy] jamás la obtuvo. Por otro lado, en cada uno de los discursos que se pronunciaban celebrando la independencia en las solemnidades cívicas, Cortés era representado como el monstruo más abominable en la historia de México: hablaban a las pasiones y la verdad y la filosofía callaban esperando su turno.<sup>136</sup>

---

<sup>133</sup> *Ibid.*, p. 257.

<sup>134</sup> *Ibid.*, p. 257-258.

<sup>135</sup> Sugerimos que este término se entienda en el mismo sentido del título del libro publicado por Juan de Dios Peza y Riva en 1885, *Tradiciones y leyendas mexicanas*, es decir como un relato transmitido oralmente de una generación a otra y más cercano a la fábula que a la historia.

<sup>136</sup> VRP, “Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico”, *loc. Cit.*, p. 258. Hacemos la aclaración de que cuando Riva se refiere a quienes representan a Cortés como un monstruo no incluye a Diego Rivera, pues el genial pintor cubista vivió en el siglo XX.

Como se ve Riva no sólo describe dos escuelas que han interpretado diferentemente a Cortés sino que, general al fin y al cabo, desenvaina la espada y rápidamente esgrime mandobles en contra de Alamán, monarquista y sirviente del ducado de Monteleone, nos recuerda Riva. Sobre esto sólo diremos: touché.

La sección segunda del ensayo de Riva sobre Cortés es la que da el tenor de su ataque para juzgar al conquistador. Se trata de un enfoque epistemológico que nadie podría llamar light, más propiamente podría designársele como historia para adultos. También podría considerarse como un enfoque científico, en el sentido de que no antepone ningún principio, ninguna premisa axiomática, sino que examina directamente la experiencia histórica. En todo caso podría afirmarse que su premisa es, primero, que la experiencia es analizable científicamente y, segundo, que el ser humano forma parte de la naturaleza -no es creatura de los dioses- y está sujeto a las leyes de la naturaleza.

Lo primero que analiza el autor es el concepto “derecho de conquista” y la aparente contradicción que entraña esa expresión por ser el segundo término de la misma sinónimo “de fuerza, de abuso y de injusticia”.<sup>137</sup> Pero Riva, que fue abogado y magistrado de la Suprema Corte de Justicia, apunta que si hay contradicción o no depende del concepto que tengamos de la palabra “derecho”. Para el autor el derecho es: “la reunión de leyes establecidas para encadenar la fuerza individual o social impidiendo se ejercite en perjuicio de la libertad o del bienestar del individuo o de la misma “verdad”.<sup>138</sup> De aquí se desprende -decimos nosotros- que el Estado es un órgano que regula las fuerzas, a menudo encontradas, de la sociedad. El derecho ideal -añadirá Riva- sólo existe potencialmente pues el papel de los legisladores -aquí habla el ex diputado- no

---

<sup>137</sup> Ibid., p. 259.

<sup>138</sup> Ibid.

es “el de inventar la relación que supone el derecho, sino consignar esas relaciones en la ley... consistiendo el acierto en no establecer relación que no vaya de acuerdo con el grado de perfección social de un pueblo”.<sup>139</sup> Es decir que para que la tarea del legislador no sea meramente fictiva es preciso que sea expresión de las fuerzas reales que operan en una sociedad. Y en definitiva Riva da la primacía a la fuerza y no al derecho, mera expresión de aquélla:

Pero lo existente, lo actual, es la fuerza, reconocida por la física moderna como una sola; su expresión, las diversas manifestaciones que originan la constante lucha en todo y en todas las partes; el problema social por resolver, el equilibrio en las relaciones entre el individuo y el Estado, libertad, y de los individuos entre sí, igualdad. El derecho internacional no existe sino como el código de urbanidad introducido por la costumbre, interpretado razonamiento, pero sin más sanción que el duelo, la guerra, reprobado por la filosofía y sin embargo imprescriptible. Escuda contra todo ataque a los partidarios de la escuela que espera el reinado del derecho perfecto, la bondad de sus intenciones, y el noble altruismo que los hace pensar así; y prueba es de la limpieza y honradez de sus intenciones la santa indignación que manifiesta estudiando eso que llaman errores de la humanidad y que no son sino las necesarias etapas del camino del progreso que, como la escala misteriosa, debe subir el hombre sin llegar jamás a tocar el último peldaño. La lucha es la condición ineludible del orden en el universo; de la vida en los organismos, del progreso en las naciones; del bienestar en los individuos. La guerra está por todas partes; la fuerza se manifiesta sin más obstáculo que la fuerza misma, desde los portentosos movimientos de la mecánica celeste hasta las maravillosas atracciones de las moléculas.<sup>140</sup>

Como se ve Riva reconoce ciertas posturas éticas, pero a la vez las considera inadecuadas para formarse, por ejemplo, el criterio histórico y filosófico para juzgar a Cortés. Tiene razón el autor pues si nuestros valores morales fueran la pauta del juicio histórico civilizaciones enteras, épocas completas, serían condenadas; como se hace con frecuencia. Tal vez en la época de Riva el imperio de la fuerza era más cruento, como lo

---

<sup>139</sup> Ibid.

<sup>140</sup> Ibid., p. 259-260. Subrayado nuestro.

mostraría el examen del imperialismo y el expansionismo de Occidente a finales del siglo XIX. No había entonces organizaciones internacionales para la defensa de los derechos humanos, que tan loables intereses persiguen; tal vez ahora el “código de urbanidad” internacional cuide las formas más que antes, pero la magnitud de los horrores que el siglo XX ha conocido refuerzan, con multitud de pruebas, el criterio de Riva que no viene a ser otra cosa que una explicación ampliada del conocido adagio anglosajón: might is right.

En seguida Riva explica que las tanto las leyes de Kepler como las de Newton demuestran que hay en el universo un equilibrio de fuerzas físicas, y lo mismo sucede entre los seres vivos:

Ninguna especie, ningún organismo vegetal o animal puede existir sin el combate, sin la destrucción de multitud de individuos a quienes hace perecer atacándolos directamente para alimentarse de ellos, o indirectamente apoderándose de los elementos que ellos necesitan para la vida.<sup>141</sup>

Y dicho combate es de todo punto necesario:

Y esa lucha constante, y ese combate sin tregua puede llamarse a pesar de todo, el derecho de la naturaleza, porque es el equilibrio de la relación entre los seres; porque de ese equilibrio resulta la persistencia de los más fuertes y los más aptos de todas las especies, que es lo que constituye el progreso de los organismos por la selección natural.<sup>142</sup>

La evolución que en el tiempo va presentando el mundo natural -señala Riva- tiene su símil en el progreso social:

El derecho positivo, es decir, las fórmulas de equilibrios de fuerza en la humanidad han seguido variablemente la evolución progresista de los pueblos; el derecho privado, la relación entre las fuerzas individuales ha avanzado mucho, y hay una distancia inmensa desde las legislaciones romanas que daban al padre el derecho de vida y muerte sobre sus hijos, o que entregaban al deudor como esclavo o cosa

---

<sup>141</sup> Ibid., p. 260.

<sup>142</sup> Ibid.

en poder del acreedor, hasta los códigos modernos que han abolido la prisión por deudas... El derecho público ha progresado menos; pero los gobiernos comienzan a considerarse ya como los administradores responsables y no como los dueños absolutos de las naciones... El derecho internacional permanece sin más ley que las conveniencias de los pueblos poderosos, pero la fuerza en estos dos [últimos] derechos está todavía verdaderamente desencadenada...<sup>143</sup>

Para ilustrar sus opiniones Riva señala que tanto en el siglo XVI como en el XIX “el fuerte se apodera del débil”,<sup>144</sup> como lo prueba en su época la anexión por parte de Alemania de Alsacia y Lorena, a expensas de Francia; lo mismo que la invasión de Barrios a Centroamérica. Estos ejemplos demuestran que “el derecho de conquista... vive, a pesar de todos los adelantos del siglo...”<sup>145</sup> Pero esta fuerza -opinamos nosotros- que en el mundo social aparece por todas partes no debe ser vista como un poder maligno, ya que sin ella la sociedad como la conocemos no podría existir; del mismo modo la fuerza coercitiva del Estado puede ser muy cruenta, pero es impensable una sociedad moderna sin la existencia del Estado; de hecho Riva aseverará que si desapareciera la fuerza, se derrumbaría la sociedad y regresaríamos al estado salvaje:

El terrible principio germánico que sale como una amenaza de la filosofía de Schopenhauer “el derecho no es más que la medida de la fuerza” es, tratándose de las relaciones de los pueblos entre sí, y de éstos con sus gobiernos, una verdad terrible, por más que nos empeñemos en leer lo contrario. El derecho es la medida de la fuerza; eliminada la fuerza, el derecho más bien sentado y reconocido desaparece como el humo. La fuerza sostiene los gobiernos, garantiza las propiedades, sanciona las libertades públicas e individuales, suprimida un momento esa fuerza, por un atavismo de civilización los hombres volverían al estado salvaje. Como constante prueba de ello son los malhechores en las sociedades más cultas, son los cantonales en España, los nihilistas en Rusia, los fenianos en Inglaterra, los know-nothing en los Estados Unidos, y han sido las espantosas escenas de la Comuna en París... [No debe olvidarse] la sombría figura de Breno escribiendo con caracteres de fuego sobre el cielo tempestuoso de la

---

<sup>143</sup> *Ibid.*, p. 261-262.

<sup>144</sup> *Ibid.* p. 262.

<sup>145</sup> *Ibid.* p. 263.

humanidad aquellas fatídicas palabras: Vae victis, “Ay de los vencidos”.<sup>146</sup>

Riva termina esta segunda sección regresando a su pregunta original y concluye que la expresión “derecho de conquista” no entraña una contradicción:

La frase derecho de conquista no indica más, sino el verdadero punto en que se encontraba la relación entre las naciones en el siglo XVI, relación que no se ha modificado mucho en el período histórico en que vivimos...<sup>147</sup>

Sólo es hasta que llega a la tercera sección de su ensayo que Riva comienza a hablar propiamente de la conquista de América, de las primeras exploraciones en lo que es hoy el territorio mexicano y de cómo en los primeros años los Reyes Católicos no tuvieron otro recurso que enviar a presidiarios y criminales a poblar las Antillas, pues en las primeras conquistas todos padecían y pocos medraban. Buen abogado, Riva explica claridad la dificultad que enfrentaba el gobernador de Cuba, Diego de Velázquez, extender la conquista a Tierra Firme, pues el derecho de conquista lo otorgaban los propios reyes mediante capitulaciones, que Velázquez había pedido a la corte pero aún no había recibido. Ansioso en su ambición, Velázquez buscó un capitán capaz de emprender una conquista y que a la vez estuviera dispuesto a hacerla sin la debida autorización; fijó su atención en Fernando o Hernán Cortés.

A partir de esta sección Riva utilizará el aparato crítico para remitir a los lectores a diversos documentos, en su mayoría reales cédulas y otros documentos oficiales, pero también cita a un autor moderno que no es otro que el positivista inglés Herbert Spencer, específicamente su Introducción a la ciencia moral, y se apoya en él para argumentar que los conocimientos, es decir la formación intelectual, no influye sobre la conducta y la

---

<sup>146</sup> Ibid., p. 263-264.

<sup>147</sup> Ibid., p. 264.

moral de un hombre. Todo esto a propósito de los estudios que hizo en España Cortés, cuya cultura intelectual no era “ni siquiera mediana”;<sup>148</sup> Riva no menciona los estudios escasos, de leyes sino sólo sus conocimientos de latín, de los que el extremeño hacía gala siempre que podía, lo cual el autor explica así:

Como todos los generales a quienes la fortuna o su propio mérito han llevado a figurar en tan alta escala, se empeñaba [Cortés] probar que no sólo en la guerra era distinguido sino también debía serlo en las letras.<sup>149</sup>

Es decir que según Riva el conquistador de México se formó propiamente en las islas antillanas, donde vivió desde 1506,<sup>150</sup> de tal modo que su conducta moral con otros hombres tuvo como modelo el patrón de conducta moral de los españoles que habitaban en las islas, todos de oscuros orígenes y muchos de ellos criminales que obtuvieron el perdón a condición de que salieran de España para poblar las Indias. Los verdaderos hijodalgos, los jóvenes guerreros que pertenecían a familias de cierta importancia, en España -en opinión de Riva- hallaron amplio campo de acción en las huestes del duque de Alba y otros famosos capitanes y se labraron un porvenir distinguiéndose en guerras europeas. Los pobretones, los de origen humilde fueron los que conquistaron las Indias e hicieron famosos los nombres de Cortés, Pizarro y Amagro, hasta entonces desconocidos. Por otra parte mientras en Europa llegaba a su fin la Edad Media y nacía la libertad de conciencia con el protestantismo, en las Indias la mentalidad medieval halló una continuación, pero en cualquier caso había una marcada diferencia evolutiva y

---

<sup>148</sup> *Ibid.*, p. 269.

<sup>149</sup> *Ibid.*, p. 268. “Durante dos años aprendió latín y rudimentos legales”, dice don José Luis Martínez en su *Hernán Cortés*, Fondo de Cultura Económica / Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1997 (Sección de obras de historia), p. 113.

<sup>150</sup> G. Michael Riley, “Cortés, Fernando (Hernán)”, en Michael S. Werner (editor), *Encyclopedia of Mexico*, Fitzroy Dearborn Publishers, Chicago, 1997, t. I, p. 352.

cultural entre los españoles y los indios pues, a decir de Riva: “los indios americanos apenas salían del período de piedra pulimentada”.<sup>151</sup>

En la sección cuarta Riva examina la grave cuestión de la “racionalidad” de los indios y opina, en principio, que en España en general se consideraba a los indios seres racionales; en cambio, para los españoles que habían residido mucho tiempo en las islas caribeñas los indios eran “irracionales, eran cosas”.<sup>152</sup> Es difícil imaginar en nuestros días en que la esclavitud existe sólo en reductos primitivos, que durante siglos, durante milenios, millones de seres humanos fueron objetos, cosas, sin ningún derecho político ni de ningún otro orden; aterra pensar que en la Antigüedad atravesar el Mediterráneo era tan azaroso que se podía caer en manos de piratas que en el acto esclavizaban a las personas de todas condiciones; (quisiera recordar el nombre del filósofo que, viéndose en este predicamento y siendo conducido al mercado de esclavos, vio a un comprador que se comportaba estúpidamente y dijo: “véndanme a ese hombre, pues necesita un amo”). Al hablar de la racionalidad de los indios Riva no quiere decir que todos los peninsulares creyeran en ella, como tampoco todos los isleños los consideraban irracionales, pero precisamente le interesa marcar la diferencia que, en su opinión, presentaban los que efectivamente trataban cotidianamente con los indios respecto a quienes no los habían visto jamás. Luego explica cómo, a pesar de la prohibición decretada por Isabel la Católica de esclavizar a los indios -que en la introducción de su tomo del México a través de los siglos destaca en los términos más elogiosos- los pobres resultados económicos de los primeros viajes de Colón produjeron que en 1495 éste trajera indios esclavos que fueron vendidos por orden de los reyes, y añade Riva:

---

<sup>151</sup> VRP, “Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico”, loc. Cit., p. 271.

<sup>152</sup> Ibid., p. 272.

Además se establecieron legalmente las encomiendas, que no eran más que la esclavitud con la restricción de no poder sacar a los indios de su territorio ni venderse a tercera persona, Y por último se permitía hacer esclavos a los rebeldes y a los que se llamaron caribes, pudiéndoles herrar en los brazos o las piernas, y esto abrió ancha puerta a todos los abusos y todas las tiranías.<sup>153</sup>

Concluye Riva que, si no Cortés mismo, la mayoría de los colonos españoles en las islas creía que el señorío real sobre los indios era completo, incluyendo la posibilidad de esclavizarlos. Por ello la encomienda fue tan cruenta, a pesar de las prédicas de Bartolomé de las Casas y otros notables dominicos.

Otro punto que Riva examina con cierto detalle es la nula disciplina, el ningún respeto que se tenía a los mandos, lo cual hizo de los colonos-soldados en las islas gente levantisca. Desde el primer viaje de Colón hubo defecciones, pero después:

Las sublevaciones, las rebeliones, los desconocimientos y hasta las prisiones o muertes de los gobernadores y de los jefes militares se multiplicaron sin intervalo, y por regla general, la corte aceptaba los hechos consumados.<sup>154</sup>

La única lealtad que era indiscutible y su no observancia imperdonable era la sumisión a los monarcas, fuera de eso la conquista de América conoció todo tipo de trapacerías que los mismos españoles se cometían entre sí. De todo este ambiente resultó una moral peculiar a las islas, que era distinta de la de España:

Con tan extraños elementos de criterio y con tan extraviadas costumbres, formose entre los vecinos y conquistadores de las islas una conciencia moral que difícilmente, si no a fuerza de meditación, podemos comprender los hombres del siglo XIX. Desapareció completamente el respeto a la vida humana, no sólo tratándose de los indios sino aun de los españoles mismos; el hombre era un instrumento o un obstáculo que debía cuidarse o suprimirse según las circunstancias, sin más consideración que el provecho que de él podía sacarse o la ventaja que se obtenía haciéndole desaparecer.<sup>155</sup>

---

<sup>153</sup> *Ibid.*, p. 273-274.

<sup>154</sup> *Ibid.*, p. 278.

<sup>155</sup> *Ibid.*, p. 279.

Cuan fácilmente fluye la lengua española en boca de Riva, que una vez más nos hace ver que tenía genuina madera de historiador: diferenciar el siglo XIX de la época de la conquista es aparentemente fácil, pero muchas veces, incluso personas que ostentan títulos, creen que basta con cambiar el ropaje, las fechas y los nombres, para comprender la distancia que media entre nosotros y el pasado. No, el punto principal, que Riva a veces explica diciendo que debe mirarse cada época con la luz que le es propia, es que los diversos elementos de una era forman sistema, es decir que son en cierto modo solidarios entre sí y a tal punto que una mala comprensión de uno solo de los elementos principales de una época basta para falsear el cuadro y distorsionar la realidad histórica. El riesgo de hacer historia presentista está siempre presente y los buenos historiadores son los que más se cuidan de creer que podemos entender directamente o aprovechar literalmente lo que dicen los documentos, y no es raro el caso de que estos buenos historiadores sean también novelistas, como Riva y Walter Scott. Por eso Riva es tan minucioso y aun da la sensación en este ensayo de que avanza lentamente; él está investigando realidades huidizas, difíciles de aterrizar, pues en su afán de hacer un juicio “histórico y filosófico” del conquistador su objetivo principal consiste en despojarse de los espejuelos del siglo XIX para comprender a Cortés a la luz del lugar y de la época en que vivió. Por eso insiste en explicar el peculiar mundo de las islas caribeñas a principios del siglo XVI, en donde se formó una sociedad muy distinta a la sociedad española, y quienes a ellas llegaban tenían que vivir en ese mundo y “debían naturalmente contagiarse, adaptándose al medio moral en que habitaban...”<sup>156</sup>

---

<sup>156</sup> Ibid., p. 280.

La parte quinta y final del ensayo es la más narrativa sin dejar de ser profundamente reflexiva; Riva narra la manera en que ya desde su salida de Cuba Cortés desobedece a Diego de Velázquez y se lanza por cuenta propia hacia lo desconocido:

Difícilmente podrá encontrarse en la historia para compararle con Hernán Cortés, ejemplo de otro capitán que como él se haya encontrado al abrir la campaña en situación más peligrosa, rodeado de circunstancias tan agravantes y necesitando más de las grandes dotes de un valor rayando en la temeridad, de una energía inquebrantable y de una astucia poco común.<sup>157</sup>

En la visión mestiza de Riva de la mexicana de historia lo mismo puede recuperarse y valorarse como propio el mundo prehispánico, que las hazañas de los capitanes españoles durante la conquista. Pero no se trata de una comunicación directa con el siglo XVI sino mediada, precisamente, por el mestizaje: podemos considerarnos descendientes de los españoles pero -para Riva- somos una raza nueva, de tal modo somos distintos a los españoles, somos algo inédito, somos mexicanos. Sin embargo cierto nacionalismo revolucionario retomó -tal vez como reflejo de la desigualdad social- la idea verdaderamente insostenible de que sólo somos descendientes de los aztecas y por ello coloquialmente aún se dice: “vinieron los españoles y nos conquistaron”. En cuanto a la situación en que se hallaba Cortés respecto de las autoridades reales y de sus propias tropas, dice Riva:

Estaba pues el aventurero español en la misma situación que un pirata haciendo un desembarco por su cuenta y riesgo siendo, para el rey, un desobediente; para el adelantado Diego Velázquez, para el almirante Diego Colón, para los padres jerónimos gobernadores de las islas, un sublevado; y para sus mismos compañeros de aventuras, un jefe que sólo conservaba el mando por la condescendencia de sus soldados sin tener investidura legal ni autoridad legítima. Érale pues imposible regresar a las islas...<sup>158</sup>

---

<sup>157</sup> Ibid.

<sup>158</sup> Ibid., p. 281.

Resuelto a seguir adelante Cortés funda una villa y establece un ayuntamiento para que éste legitimara su expedición de conquista:

que le diera la investidura de jefe de la expedición celebrando con él capitulaciones para la conquista que meditaba. Aquella manera de legitimar la ocupación de las nuevas tierras y de legalizar la conquista y población de ellas era quizá el único arbitrio a que podía ocurrir aquel hombre que no tenía ni la menor esperanza de alcanzar por entonces del rey, la aprobación de su atrevido intento. Así se hizo en efecto y entonces sintiéndose Cortés ya fuerte con aquella autorización, mandó ajusticiar a los que pretendían regresar a La Habana y pegar fuego a los navíos para quitar a sus soldados hasta la más remota esperanza de esquivar el peligro, retrocediendo y embarcando para las islas.<sup>159</sup>

Es interesante que el ensayo de Riva sobre Hernán Cortés termine justo aquí, donde suelen comenzar las narraciones de la conquista de México. y termina de un modo abrupto, sin una reflexión final, sin un amarre que sea la suma de los argumentos esgrimidos. Riva es un narrador muy pulido y nos extraña mucho que en este ensayo falte un verdadero final. Es cierto que el ensayista ha cumplido su objetivo principal: reconstruir el ambiente moral de las islas antillanas en que Cortés se formó, el cual explica su temeridad y aun los excesos de violencia que tuvo durante la conquista de México, siendo el ahorcamiento de Cuauhtémoc el que generalmente se considera más grave. También ha demostrado Riva, con la información disponible a finales del siglo XIX, que la lucha de las fuerzas que operan en una sociedad no puede estudiarse con ideas a priori ni con un criterio ético que, prácticamente, condenaría a todos los gobernantes y a todos los poderosos de la historia. Un buen principio para comprender a una sociedad -pensamos nosotros- es averiguar quien es dueño de qué, a la vez que la

---

<sup>159</sup> Ibid., p. 282. Subrayado nuestro. Ciertamente es más expresiva la frase “quemar las naves” pero no fue así. Los navíos fueron desmantelados y herrajes, jarcias, velamen, cornamusas y otros elementos se llevaron a los lagos de México y con ellos se construyeron los bergantines que tuvieron un papel estratégico en el sitio de México. Véase:

política debe comprenderse siempre al modo de Maquiavelo, ubicando en otra esfera -interesante, pero que obedece a otra lógica- el ideario político, el derecho y las buenas intenciones.

Alguien podría sorprenderse de que Riva, cuyos trabajos literarios tienen un claro fin social y moral, se tome aquí tan frío, tan “científico”, tan inmoral, como si la filosofía positivista se hubiera apoderado de él para convertirlo en una especie de ingeniero social que ha abandonado los moralismos narrativos de otros tiempos. A nuestro parecer no hay tal conversión ni tampoco incurre en una contradicción: cada obra de Riva debe examinarse considerando ante todo el género de que se trata, comparar sus novelas históricas, por ejemplo, con el México a través de los siglos sólo es posible si tenemos siempre en mente que están dirigidos a públicos distintos, tienen diferente extensión, entre el método de unas y otro hay un abismo, el criterio de verdad y el aparato crítico no se parecen en nada, la estrategia narrativa por episodios de las novelas contrasta vivamente con el continuo “a través de los siglos” que maneja en su magna obra historiográfica. Y a pesar de todo las novelas históricas dan la clave de muchos aspectos del México a través de los siglos como son su peculiar concepto del mestizaje y las pugnas entre la Iglesia y el Estado. Piénsese además que la obra de Riva es un catálogo de géneros: drama cómico, drama trágico, poesía, novela, crónica, tradiciones y leyendas, teoría literaria, teoría de la historia, varios subgéneros periodísticos, cuento, discurso cívico, conferencia académica, historia contemporánea, historia general y tal vez más. Los polígrafos como Riva sólo pueden tener éxito en la medida que respetan las reglas de cada género pues los lectores, aunque no tengan una educación formal, tienen

expectativas bastante claras de lo que debe ser digamos una novela; cierto, los lectores no están en capacidad de definir con nitidez las reglas, pero lo que les gusta y lo que no tanto lo deciden, porque no son lerdos, reconociendo si la novela está “bien narrada”, lo cual no es otra cosa que aplaudir a un autor que conoce y aplica bien las reglas del género, pero que sabe a la vez ser diferente y único, es decir que inventa una voz propia. La polifonía discursiva de los historiadores de otros tiempos se va acabando y el tono estándar “académico” dificulta la aplicación de recursos narrativos que darían matices y relieve a nuestra ciencia; para algunos esto sonará a retórica y, en efecto, es retórica pero de un tipo que aprovecha mejor nuestra herencia cultural, porque hay otras retóricas, por ejemplo la retórica de la ciencia, cuyas limitaciones y su validez transitoria tienen como ejemplo el “ensayo histórico y filosófico” de Riva sobre Hernán Cortés.

Habiendo examinado lo que dice Riva en este ensayo debemos ahora decir dos palabras sobre los que no dice. La cruenta versión de la historia donde impera siempre el más fuerte, sobre la cual el autor abunda, tiene como objetivo principal mostrar a los mexicanos del siglo XIX que la conquista, y todos sus excesos, no fueron producto del azar sino de las condiciones concretas que prevalecían en las islas que fueron el trampolín para la conquista de México. Riva jamás dice que los españoles fueran inherentemente malos, mas bien sobrevivían como podían en un mundo violento. La retórica del análisis del poder debe ser fría, helada, porque el menor intento de moralizar distorsiona, idealiza, la realidad y la presa se escapa. No debe partirse en este tipo de análisis de ideas preconcebidas (el que se empeña en encontrar sus preferencias seguro las encontrará) pero puede seguirse la guía de los buenos autores inmorales y sobre todo de Breno cuando clama: “¡Ay de los vencidos!”.

¿Era Riva un autor inmoral? Ciertamente que no, lo que sucede es que hay momentos para moralizar y momentos para analizar el poder. En realidad todo el argumento en torno a la lucha de todos los seres vivientes, en torno al imperio de la fuerza en el universo todo, es más un modo de ataque, un método de análisis de un sector de la realidad -el poder- que ciertamente no lo es todo en la historia. El principio es correcto: impera el más fuerte, pero los cambios que ocurren en todos los niveles de la realidad histórica van modificando el equilibrio de las fuerzas. Hernán Cortés sumió a este país en la noche -no exenta de estrellas- del colonialismo, pero vino después la independencia. Queremos decir que las fuerzas del poder en las sociedades humanas son dinámicas, se erosionan, cambian, si esto no fuera así los faraones egipcios seguirían controlando al mundo, puesto que eran los más fuertes. En nuestros días hemos visto como el inmenso poder soviético -con todo y los misiles atómicos- se vino abajo en apariencia súbitamente, pues perdió algo que tiene más que ver con el derecho que con la fuerza bruta: perdió legitimidad, elemento sutil y etéreo que una vez que se pierde no lo recupera jamás. El mismo Cortés, con sus inmorales huestes, se apresuró a dar cierta forma de legitimidad a su conquista por la vía del ayuntamiento de la Villa Rica de la Veracruz. No obstante, el poder de la fuerza sigue imperando, esto es lo real; pero, como diría Marco Antonio Campos, el poeta, hay también “instantes éticos”.<sup>160</sup> los zapatistas desayunando en Sanborns, Riva y sus chinacos en las montañas de Michoacán.

Hernán Cortés con toda su audacia, con la superioridad de su aparato bélico, con los caballos de los caballeros y con el pendón de Carlos V, terminó -con el paso de los siglos- siendo el vencido: los mexicanos lo rechazan y detestarían ver una estatua suya.

---

<sup>160</sup> El aforismo completo reza así: “La naturaleza, el arte, los instantes éticos y las mujeres hermosas son los paraísos de excepción en un mundo condenado”. Véase Marco Antonio Campos, Árboles. Aforismos, Amate Editorial, México, 1998. p. 53.

En cambio Cuauhtémoc vence al sucumbir, porque es la suya la postura ética: defender a sus hijos, a su pueblo, aunque la causa estuviera perdida. Y si los mexicanos se identifican con este héroe trágico es porque han sufrido muchas agresiones externas y porque en lo interno la desigualdad es la expresión de la fuerza excesiva de una minoría peligrosamente reducida. Por ello el día en que todos los mexicanos acepten, sin rencores ni temores, no sólo ser hijos de la Malinche sino también de Cortés, la autoestima de la nación aumentará enormemente y se abrirá la posibilidad de ir más allá de la autoinmolación en la dignidad -como Cuauhtémoc, Hidalgo y Zapata-, se podrá pensar un destino colectivo que sea vivir en la victoria; cosas mucho más increíbles han llegado a suceder.

Un último comentario. El abrupto final del ensayo sobre Hernán Cortés debe considerarse unido a la circunstancia de que, hasta donde hemos podido investigar, este discurso jamás se leyó en el Liceo Hidalgo, que era la intención original. ¿Por qué? El inmoral contenido no nos parece razón bastante pues el público era un conjunto de más o menos sabios, que no se iban a escandalizar y que gustaban de visitar la sala reservada del Museo Nacional donde se exhibían figuras fálicas y eróticas. La hipótesis que me parece más razonable es que la reflexión de Riva sobre la fuerza y el poder inevitablemente lo condujo a pensar en el caudillo, don Porfirio Díaz. Y no era imposible que la inmoralidad de Cortés se interpretara por los desafectos como una alusión a una presunta inmoralidad de Díaz; recuérdese que en varias ocasiones el caudillo se levantó en armas en contra de gobiernos legítimos y que fue una revolución, la de Tuxtepec, y no el voto popular, la que lo llevó al poder. Don Porfirio fue un estadista muy lúcido y su buen gobierno le ganó más y más legitimidad, pero de origen su gobierno era ilegal.

Unido esto al recuerdo reciente de la prisión de Santiago Tlateloleo Riva posiblemente optó por ser prudente y guardó este ensayo in peto.

### Establecimiento y propagación del cristianismo en Nueva España<sup>161</sup>

Entre otras cosas este discurso es interesante pues llama la atención que un liberal puro, que el autor de las beligerantes novelas sobre la Inquisición se proponga en este trabajo poner en valor la propagación del cristianismo; ése es Riva, siempre sorprende. Insisto en lo dicho anteriormente: el papel del historiador no es juzgar,<sup>162</sup> sino comprender. Decir que la conquista fue buena, o fue mala, no es una actitud de historiador. Más bien éste se preguntaría ¿cuál es el significado de la conquista? Por ello el discurso pronunciado por Riva Palacio en el Ateneo de Madrid es una lección que todavía puede aprovecharse. Refleja el punto de vista del mestizo, más identificado con el

<sup>161</sup> VRP, Establecimiento y propagación del cristianismo en Nueva España. Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneyra, Madrid, 1892. En este trabajo citaremos siempre la siguiente edición: VRP, “Establecimiento y propagación cristianismo en Nueva España”, en Ensayos históricos (compilación, estudio preliminar y coordinador de las obras José Ortiz Monasterio), Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto Mexiquense de Cultura / Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. México, 1997.

<sup>162</sup> Riva se refiere en diversos textos al juicio de la historia a lo que debe juzgar el historiador, postura que corresponde a la mentalidad de la época. Pero bien puede decirse que Riva busca ante todo comprender pues sus juicios son, por así decirlo, salomónicos; no es él uno de esos autores que, en su inanidad, someten a los personajes de la historia a juicios sumarísimos, a cortes marciales, en donde la sentencia siempre es condenatoria. Partisano de la república y de la modernidad, Riva era extremado patriota y hombre de armas tomar, pero con una inteligencia poco común pudo integrar estos rasgos a un espíritu de veras conciliador: el canje de los prisioneros belgas en Acuitzio, llamamiento al perdón general y completo de los vencidos al caer México en 1867 y el elogio que hace de escritores conservadores como Ipandro Acaico (monseñor Ignacio Montes de Oca y Obregón) e Ignacio Aguilar y Marocho (en Los cerros). Riva también juzgará que no existe una única forma de patriotismo, sentimiento que en última instancia viene a ser la creencia de que por tales medios, o por tales otros, se logrará la prosperidad pública. Todos estos gestos tal vez sean un punto de continuidad con su padre, don Mariano, liberal moderado a quien todos los partidos respetaban muchísimo.

Criollo que con el indio, y sostiene -lo mismo que en escritos anteriores- que una condición necesaria para la existencia de México fue la conquista española. Como historiador de altura, no se limita a contemplar los indudables sufrimientos de Cuauhtémoc como si hubieran sucedido ayer, sino que pondera todo el proceso histórico a que dieciséis naciones americanas tuvieron su origen en la conquista española; la Colonia no fue otra cosa que la etapa formativa, germinal, de esos países. Hasta donde sabemos estas ideas de Riva Palacio no han sido refutadas, especialmente en lo relativo a que México es un país mestizo que hereda tradiciones, caracteres e instituciones de sus raíces principales: la indígena y la española (sin olvidar la aportación africana, aunque Riva no la menciona), y que en todas puede hallar motivos de orgullo y timbres de gloria.

Este enfoque puede rastrearse hasta las novelas históricas de Riva, pero en éstas las truculentas imágenes de la cuestión de tormento y de los Autos de Fe propios de la Inquisición buscan indudablemente divulgar una imagen negativa más que de la religión del clero. Y si 25 años después hace el elogio de los frailes misioneros esto es, ante todo, una muestra patente de que los tiempos han cambiado; antaño publicó novelas para darle la puntilla al clero después de las guerras de Reforma, ahora se trata de celebrar (1892) el genio de Colón y los aspectos más positivos que siguieron al descubrimiento.

El ensayo sobre la propagación del cristianismo es el último trabajo historiográfico que conocemos de Riva. Bien puede considerarse como su testamento en materia del estudio de la historia y ya como ensayo, ya como pieza oratoria es una auténtica obra maestra. Se podría aseverar que siendo entonces Riva ministro de México en Madrid, dejó guiar su pluma por las conveniencias diplomáticas. En efecto en el texto

hay varios elogios al pueblo y a los monarcas españoles, pero la admiración de Riva por España viene de muy atrás y en este texto sólo encontró la oportunidad de expresarla cabalmente. No obstante 1892, es preciso recordarlo, es el año del cuarto centenario del descubrimiento de América y, en este contexto, este discurso es indudablemente conmemorativo en el sentido laudatorio.

De entrada el autor señala que en “el período científico”<sup>163</sup> en que se halla la humanidad la historia ha adquirido otro carácter. Es decir que adopta la periodización comtiana, al igual que en otros ensayos que ya hemos comentado. Y más adelante agrega que más que las simples narraciones de los hechos, acompañadas de algún consejo o moraleja, es la historia sin personajes la que ofrece positiva utilidad, es decir la historia sociológica.<sup>164</sup> Todo esto es muy positivista, sin embargo debemos insistir en que Riva es un ecléctico y no, propiamente, un positivista. No fue miembro del grupo inmediato a Gabino Barreda, considerado el fundador de esta escuela en México; tampoco perteneció, de hecho polemizó, con el grupo que giraba en torno al periódico La Libertad encabezado por Justo Sierra; muy lejos estuvo de compartir las ideas, digamos, de un Francisco Cosmes, sobre la cuestión racial;<sup>165</sup> y evidentemente, desde el exilio diplomático, no podía ser parte del grupo político de los “científicos” cuya figura principal era José Yves Limantour. Por estas razones Riva es una suerte de liberal puro, acaso convertido al darwinismo, que muy a su modo tomó varias ideas del positivismo. Y es que el general, a quien le gustaba estar al día, escogió un camino intermedio entre la conversión plena al

---

<sup>163</sup> VRP, Establecimiento y propagación del cristianismo en Nueva España, loc. Cit.. 283.

<sup>164</sup> Sin duda Riva se refiere al contexto hispano y latinoamericano, pues en otras latitudes encontramos muchos historiadores que están muy lejos de la visión “sociológica” de la historia.

<sup>165</sup> Véase sobre esta cuestión Moisés González Navarro, “Las ideas racistas de los científicos”, en Historia Mexicana, vol. XXXVII, núm. 148, 1988, p. 565-583.

positivismo (a la manera de Sierra) y la conservación del ideario nacionalista romántico (a la manera de José María Vigil). Sucedió lo que ocurre con frecuencia en la historia de las ideas y las mentalidades: éstas no se transmiten por convencimiento sino por una especie de contaminación atmosférica (esto sí que suena a Riva Palacio). Quiero decir que en el aire (la noosfera de Kierkegaard),<sup>166</sup> en el ambiente en que uno se mueve, las cosas cambian y uno cambia con ellas, casi sin advertirlo y sin saber a punto fijo cuándo y cómo ocurrió el cambio. Tantos amigos que han pasado del marxismo al postmodernismo (whatever that means) yo no he visto que hayan tenido, como San Pablo en el camino de Damasco, una súbita revelación; más bien de modo muy paulatino, sin rupturas visibles, se han tomado otra cosa. Y esto es así porque la difusión de las ideas obedece a un ritmo propio: la propagación del positivismo en México se inició, según la versión canónica, en 1867 en Guanajuato con el célebre discurso de Barreda. A partir de ese momento y a través de diferentes medios (los periódicos y revistas, la escuela preparatoria, el discurso político, las conversaciones en los cafés, etcétera) fue contaminando a todos los que tocaba, incluso a sus detractores quienes sin quererlo divulgaban esas ideas al combatirlas. (Lo mismo dice Riva en el texto que comentamos de los autores cristianos heterodoxos que eran dados a conocer por los autores ortodoxos que, al demostrar sus yerros, les hacían cierta forma de publicidad).

La peculiaridad del positivismo de Riva es muy patente en La propagación del cristianismo. Así, reconoce que los cambios trascendentales son obra no de un hombre ni de un pequeño grupo sino, de acuerdo con la escuela sociológica, trabajos lentamente

---

<sup>166</sup> Apunte erudito aportado por Jane Dale-Lloyd. Véase Peter Rhode (editor), The Diary of Soren Kierkegaard, Philosophical Library, Nueva York. 1960.

elaborados por una serie de generaciones. Sin embargo Riva no niega la importancia de los grandes hombres que “condensan las aspiraciones de su época”, y en algo así como un arrebatado intelectual agrega: “y hay pueblos, como hay hombres que, por leyes sociológicas hasta ahora no descubiertas, tienen en un momento histórico la terrible misión, no sólo de condensar las aspiraciones de su siglo, sino de preparar, misteriosas combinaciones, los futuros destinos de la humanidad.”<sup>167</sup> Desde el punto de vista de un mexicano como Riva y considerando que para él la conquista fue de todo punto necesaria primero, para echar abajo las monarquías indígenas y, después, para dar forma a un nuevo pueblo, mestizo, que conquistará su independencia y establecerá -menos en teoría- una república y una democracia, la frase recién citada alude probablemente al gran papel que tuvo España para la formación de las repúblicas hispanoamericanas. Como siempre Riva suma las épocas de la historia, de modo que pueda integrarse todo el proceso histórico y mucho de lo que sucede en la historia, según lo muestra en su “Hernán Cortés. Ensayo histórico y filosófico”, es obra de la fuerza y padecen los vencidos. Pero hay también momentos éticos y muchos de ellos fueron obra de los frailes durante el proceso de evangelización.

El auditorio español debió apreciar mucho la aseveración de Riva en el sentido de que España, por el descubrimiento de América, debía ser colocada junto con Grecia, Roma y Judea entre las historias de primer interés. La importancia del descubrimiento de nuevo continente era para Riva el más grande acontecimiento que registraba la historia, es decir que estaba por encima de todo lo que conoció la Antigüedad, era más

---

<sup>167</sup> VRP, Establecimiento y propagación del cristianismo en Nueva España, loc. Cit., p. 285. En algunos textos anteriores Riva ha señalado que no cree en la teoría del “grande hombre” pero, como lo demuestra este texto escrito al final de su vida, conclusión de su pensamiento, jamás desestimó la acción humana, pero no quiso caer en el exceso de Carlyle en que los grandes hombres mandan sin límite a una humanidad subalterna.

trascendental que las invasiones de los bárbaros y la reforma protestante con todo y la libertad de conciencia. A nuestros ojos esto podría cuestionarse señalando la importancia inmensa del descubrimiento de la agricultura, o la revolución industrial, pero lo primero no entra en las consideraciones de Riva pues él está hablando de civilizaciones ya constituidas, además el criterio tecnológico que ahora nos gusta tanto encajaba de otro modo en aquella época. Para Riva, sin duda, el ferrocarril y la máquina de vapor son símbolos de la modernidad e incluso dice en otro texto que ellos llevarán la democracia al viejo mundo. Pero para Riva, lo mismo que para Renan, la historia de las religiones era fundamental, para ellos los fenómenos de la conciencia eran importantísimos, y el descubrimiento no fue un simple “hecho marítimo”; no, como lo ha demostrado don Edmundo O’Gorman en el proceso de invención de América se rompió la idea aristotélica de un mundo cerrado y América señaló la posibilidad de un mundo abierto que, al menos en teoría, podría incluir la existencia de otros mundos. Riva lo dice en sus propios términos:

Indudablemente, los fastos de la humanidad no registran acontecimiento más importante, ni más asombroso, ni de más trascendentales consecuencias que el descubrimiento del nuevo mundo; que por un desdén tan incomprensible como injustificado, no se marca como el fin de la Edad Media y el principio de una era nueva.

Con el descubrimiento del nuevo mundo se completó, por decirlo así, la geografía del globo terrestre: entraron al concurso de la humanidad, incontable muchedumbre de pueblos y tribus que vivían apartados, no sólo del mundo conocido sino aislados entre sí; y todas las ciencias y todas las artes y la industria y el comercio y la navegación, y cuanto constituye el patrimonio del trabajo humano, y nuevos horizontes se abrieron a todas las energías de la inteligencia.<sup>168</sup>

---

<sup>168</sup> *Ibid.*, p. 286-287. Nótese al final de la cita el peculiar uso repetido de la conjunción “y” que provoca el efecto de una acumulación de argumentos en tropel, como una granizada. Este es uno de los muchos recursos literarios que Riva aprendió como periodista.

Y entre los innumerables efectos del temerario viaje de Colón y de las tres carabelas Riva destaca por encima de todos dos: el establecimiento del cristianismo y la formación de la geografía política del Nuevo Mundo. (Esto último ya lo había apuntado Riva Palacio en su discurso cívico de 1871.) Destaquemos que al poner Riva por encima de todos los demás acontecimientos al descubrimiento de América no olvida ni por un momento otro acontecimiento grandísimo: el nacimiento de Cristo.

Y con una retórica que podríamos llamar pendular elogia la obra civilizatoria de España pero de tal modo que pone en valor lo propio de los americanos:

No se conserva memoria de otro pueblo que, como el español, sin desmembrar su territorio patrimonial y sin perder la existencia social y política, haya formado dieciséis nacionalidades enteramente nuevas sobre la faz de la tierra, hoy ya emancipadas, y a las que legó sus costumbres, su idioma, su literatura, su altivez, su indomable patriotismo y el celo exagerado por su autonomía... y quizá algún día España, hija del antiguo mundo, podrá decir delante de esas dieciséis nacionalidades, como Cornelia la romana: “Tengo más orgullo en ser madre de los Gracos que en ser hija de Escipión el africano.”<sup>169</sup>

En materia de agallas Riva no tenía competencia de consideración: presentarse en el Ateneo de Madrid y decirle a los sabios cómo España debía estimar a sus antiguas colonias, haciendo alusión a Cornelia la de Roma, de manera muy pertinente y sobrada elegancia: qué faena. Este pasaje también ayuda a comprender cierta anécdota según la cual, al llegar Riva a Madrid, alguien le comentó que de seguro estaría contento por todo lo que iba a ver y todo lo que iba a aprender, a lo cual contestó Riva: yo he venido a España a dictar cátedra, no a aprender. Conquistar a los conquistadores sigue siendo una prioridad.

---

<sup>169</sup> *Ibid.*, p. 287-288.

Luego empieza el autor a desplegar una erudición auténtica, pues a partir de su indispensable Renan se apoya en autoridades del mundo clásico, en los padres de la Iglesia, en poetas de la India, en muchos cronistas americanos y en diversas colecciones de documentos publicados, así como en autores modernos que sería largo referir, aunque es indispensable mencionar a Enrique Tomás Buckle, renombrado historiador positivista. Con estas bases puede discutir la cuestión de los sacrificios humanos y mostrar que no fue práctica exclusiva de los antiguos mexicanos. Apreciamos que utiliza cómodamente el método comparativo, cita la Biblia tan fácilmente como el Corán, compara las religiones de la India, la Iglesia bizantina y la Iglesia africana.<sup>170</sup>

La rapidez de la conversión de los indios americanos Riva la explica con estas palabras:

Los pueblos vencidos por los europeos en las llamadas Indias, ni aun remotamente tenían idea de la doctrina cristiana, ni del culto católico; pero miraban su conversión a esa doctrina y a ese culto como necesaria consecuencia de su desgracia en el combate, como indispensable requisito para afirmar su vasallaje y servidumbre al monarca español, porque siendo esa conversión el principal motivo que para la invasión les presentaban los conquistadores, ellos, por muy rudos que se les suponga, comprendieron que del éxito de la campaña dependía la religión que debían tener en lo sucesivo, aceptando necesariamente la de los cristianos desde el momento en que éstos fueron los vencedores. Se explica así la violenta conversión de Cuauhtémoc y de otros muchos señores, que energía inquebrantable habían probado en el sitio de México y otros terribles combates.

[...]

Por eso Tzinzintcha, rey de Michoacán, a la hora de morir en un patíbulo, lanzó como un gran reproche a sus verdugos que le hubieran atormentado y le dieran la muerte, cuando con tanta diligencia y buena voluntad había recibido el bautismo.<sup>171</sup>

<sup>170</sup> Aquí nos referimos al método comparativo en su sentido lato, al usado desde el siglo XVII por la diplomacia (ciencia de los diplomas o documentos) y la filología y no a propuestas comparativas más modernas como la llamada “base analógica” de John Stuart Mill (1806-1873), pero no es imposible que Riva haya conocido a este autor así fuera indirectamente en la obra de Auguste Comte (1798-1857).

<sup>171</sup> *Ibid.*, p. 293.

Además de señalar que los reyes decretaron que los indios, en su calidad de neófitos, estuvieran fuera del poder de la Inquisición, Riva hace cumplido elogio para España: la admirable labor de los religiosos en Nueva España para proteger la vida y la libertad de los indios: “aquellos hombres estaban, por decirlo así, fuera de la humanidad que conocemos y que comprendemos; formaban, por las cualidades de su espíritu, una especie distinta de los que fueron antes y de los que han sido después”.<sup>172</sup> Entre numerosos historiadores que han elogiado la obra de los misioneros, difícilmente podrá hallarse otro que lo exprese mejor que Riva.

También menciona el debate sobre la racionalidad del indio y con un dejo sentimentalismo hace homenaje a Carlos II y su afán de proteger a sus súbditos americanos de los excesos de los encomenderos, pues a este monarca se debe la recopilación de leyes de Indias; aquí no es un positivista el que habla, sino el poeta romántico que se conmueve ante la acción admirable de un hombre.

En suma, el proceso ideológico de Riva Palacio expresa los afanes de un político liberal puro, de un escritor nacionalista romántico por encontrar, como señala A Matute, un “interesante equilibrio” entre sus orígenes y las nuevas condiciones del fin de siglo. Tuvo que rendir homenaje a la visión “científica” del mundo que proponía positivismo y, para mantenerse al día, tuvo que adoptar el lenguaje en uso de Comte y Spencer, que reconocían que en el siglo XIX se inicia “el período del positivismo en todas las manifestaciones y trabajos del espíritu humano”,<sup>173</sup> pero mantenía la creencia en una Edad Media que había llegado a su fin con el descubrimiento de América; aceptaba, reconocía, en fin, que la historia se regía por leyes sociológicas (por ejemplo la historia

---

<sup>172</sup> *Ibid.*, p. 310.

<sup>173</sup> *Ibid.*

como un desarrollo progresivo de tres etapas necesarias: la teológica, la metafísica y la científica) pero gustaba de conmover a su auditorio con el relato de la magnanimidad de Carlos II el Hechizado. El positivismo de Riva Palacio obedece a que era un hombre que se movía con los tiempos, y que logró -no sin contradicción- mantenerse fiel a sus ideas básicas del hombre y la historia, las cuales adaptaba con maestría al género que estuviera escribiendo.

Es verdaderamente mestiza, mixturada, la escritura de Riva pues el pundonor con que defiende como un avance en el desarrollo histórico la propagación del cristianismo en América, en cierto sentido lo autoriza ampliamente para discutir y cuestionar la manera en que se ha juzgado (en corte marcial) la práctica del sacrificio humano entre los pueblos mesoamericanos (otra vez la retórica pendular). Para los mexicanos esto no pasa de ser un dato que nos es habitual y que, en la medida que ya no existe más no nos altera. Pero estas prácticas primitivas, o cuando menos premodernas, se han usado muchas veces por los países coloniales para justificar sus conquistas. Se dice que en algunas partes de África se practicaba el canibalismo y nosotros hemos visto, en un documental, a un inglés justificar ciertos actos que afectaban a la comunidad local y decir: “aquí eran ustedes caníbales antes de nuestra llegada”; a lo cual el moreno con el que hablaba contestó: “aquí no, por allá, más allá”.

Haciendo una mínima recapitulación de las obras de teoría de la historia de Riva lo primero que salta a la vista es que el fue el historiador mexicano de su siglo que más páginas escribió en torno a cuestiones teóricas y metodológicas. Pero más que la cantidad importa la calidad de su pensamiento que, indudablemente inscrito en el pensamiento occidental -desde los clásicos antiguos hasta Renan, Spencer y Comte- es a la vez una

reflexión que mira y adopta esa tradición desde México. Y pensamos que el gran éxito que como historiador ha tenido Riva se debe en gran medida a que para él la erudición era un deber, pues la verdadera virtud del historiógrafo era dar sentido a la masa caótica de los acontecimientos. No deja de haber en su doctrina ambigüedades y aun contradicciones muy claras, por ejemplo, en torno al positivismo. Mas sería una tontería querer a fuerzas que la obra de Riva tenga un sentido unívoco, como si se estuviera disectando a un cadáver; la maravilla de este autor es que su obra está viva y ofrece una multiplicidad de lecturas (algunas extremas, como la del padre Cacho Vázquez, de quien hablaremos más adelante), e incluso la sola confrontación de sus propios textos no ofrece una sola respuesta sino varias, que llegan al punto de la contradicción. Y como hubiéramos hecho el encargo especialmente, don Antonio Candido, el célebre crítico brasileño, sirve de acicate para este trabajo:

Para llegar lo más cerca posible al designio expuesto, es necesario un movimiento amplio y constante entre lo general y lo particular, la síntesis y el análisis, la erudición y el gusto. Es necesaria una tendencia para integrar contradicciones, inevitables cuando se atiende, al mismo tiempo, el significado histórico del conjunto y el carácter singular de los autores. Resulta necesario sentir, a veces, que un autor y una obra pueden ser y no ser alguna cosa, siendo dos cosas opuestas simultáneamente -porque las obras vivas constituyen una tensión incesante entre los contrastes del espíritu y de la sensibilidad. La forma, a través de la cual se manifiesta el contenido, completando con él la expresión, es una tentativa más o menos feliz y duradera de equilibrio entre estos contrastes. Pero incluso cuando es relativamente perfecta deja vislumbrar la contradicción y revela la fragilidad del equilibrio. Por eso, quien quiera ver con profundidad, tiene que aceptar lo contradictorio, en los períodos y en los autores, porque, según una frase justa, ello “es el mismo nervio de la vida”.<sup>174</sup>

---

<sup>174</sup> Antonio Candido, “ ‘Introducción’. Formacao da literatura brasileira (momentos decisivos)”, en Alberto Vital (editor), Conjuntos, teorías y enfoques literarios recientes, Instituto de Investigaciones Filológicas, Universidad Nacional Autónoma de México / Instituto de Investigaciones Literarias y Semiolingüísticas, Universidad Veracruz México, (Instituto de Investigaciones Filológicas, Ediciones Especiales, 4), p. 314.

Sería una vulgaridad pensar que esta idea importante de Candido ha de servirnos para disculpar al autor que estudiamos; no, Riva vale mucho, pero sus yerros, sus verdaderos despropósitos simplemente no tienen defensa. En cambio estudiar su doctrina histórica que, lejos de ser dogmática, está plena de matices, de ambigüedades y aun de contradicciones, nos acerca a comprender el proceso que dista de sus novelas históricas al México a través de los siglos. En vano se buscará en la teoría histórica de Riva un producto definitivo y unívoco, en cambio parece más cercano a la verdad decir que puede detectarse en la obra de Vicente Riva Palacio una inteligibilidad progresiva de la mexicana historia.

